



QUINCENARIO
en honor de la
ASUNCION GLORIOSA DE
MARIA SANTISIMA
por el Rvmo. Padre
José Julio María Malovelle
Fundador de Oblatos.

Edit. «El Sagrado Corazón de Jesús»
Quito—Basílica Nacional—1950



AL LECTOR

La devoción a la Asunción gloriosa de María Santísima a los cielos es tan antigua como la Iglesia; la fiesta en honor de este misterio es probablemente establecida por los mismos Apóstoles para celebrar la memoria de la Augusta Madre de Dios. Con todo, las dulces y hermosas verdades que este misterio encierran se hallan de tal manera armonizadas con las necesidades de los actuales tiempos, que podemos decir muy bien que la Asunción gloriosa de María es el misterio de de estas últimas edades de la Iglesia. A lo cual se añade que la definición del dogma de la Resurrección triunfante de la Santísima Virgen, al tercer día después de su muerte, es el florón que falta aún en la hermosa corona de singulares prerrogativas de la Madre Inmaculada de Cristo; toca a los católicos impetrar del cielo con sus oraciones, y una devoción más constante y marcada a este misterio, que se anticipe el día en que la Santa Sede ha de alegrar al cielo con la definición expresada. Podemos esperar que el triunfo de la Iglesia, tan perseguida en nuestros días, será uno de los frutos de la definición del dogma relativo al

Triunfo supremo de María sobre la muerte y el infierno.

Para cada alma en particular, una de las más apetecibles gracias que esta devoción alcanzará seguramente, es la de una muerte hermosa y santa, a semejanza de la dulcísima e inefable que Jesús otorgó a su Madre Sacratísima. Muy de desearse es por lo mismo, que entre tantas prácticas de piedad como se conocen ahora entre los fieles para honrar a María, se diera un lugar preferente a las que tienen por objeto celebrar su muerte dichosísima, y su Asunción gloriosa en cuerpo y alma a los cielos. ¿Por qué no dedicar los sábados, a honrar un misterio tan consolador y amable? Qué gracias no alcanzarían los moribundos, si para favorecerlos celebraran las personas piadosas una fervorosa novena en honor del Tránsito de la Santísima Virgen? Además, entre los varios ejercicios que se conocen de preparación para la muerte, sería uno de los más provechosos y edificantes, el de conmemorar la dulce y preciosa de María; para lo que podrían elegirse un día determinado en cada mes, por ejemplo, el primer Sábado.

Con el objeto de que pudieran servir para cual quiera de las prácticas que acaban de indicarse y principalmente para prepararse a la solemne fiesta del 15 de Agosto, se han compuesto las meditaciones que siguen, en la forma acostumbrada de quincenario. Estas consideraciones están dispuestas de manera que puede dárseles la extensión que desee el lector; pues, el primer párrafo

de cada una, con el ejemplo y la virtud forman una meditación completa, en caso que se quiera hacer una novena con lecturas breves. Para hacer un Mes en honra de Nuestra Señora del Tránsito basta dividir una consideración en dos días, señalando para cada día un solo punto.

Al Quincenario se han añadido otras prácticas de devoción de las más usadas entre el pueblo de voto, con el fin de que no se olviden ejercicios tan edificantes y provechosos. Por último, se han sacado del hermoso libro de las Glorias de María dos oraciones preciosísimas de San Alfonso de Li-gorio, concernientes al misterio que nos ocupa.

Quiera el Señor bendecir este humilde trabajo y hacerlo servir para el aumento de la devoción a la Santísima Virgen.

Cuenca, Agosto 12 de 1893





Escala de la Asunción de Nuestra Señora

CORONITA DE PRECES EN HONRA
DEL TRANSITO GLORIOSO DE LA
SANTISIMA VIRGEN

que se rezará todos los días antes de principiar
las oraciones del Quincenario.

En el Nombre del Padre, etc.

ORACION

¡Gloriosísima Virgen María, Madre excelsa de Dios y soberana emperatriz del universo! nos regocijamos desde lo más íntimo del alma al veros sublimada a lo más alto de los cielos, junto al trono de vuestro divino Hijo, y constituida reina de todos los ángeles y santos. Por la espléndida victoria que alcanzásteis sobre la muerte y el infierno en vuestra Asunción admirable, impetradnos, oh Madre bondadosísi-

ma, que imitemos vuestras virtudes en la vida, para que logremos la dicha de que esta sea coronada con una santa muerte y con la posesión eterna del Paraíso. Así sea.

1º El primer escalón del Tránsito de la Santísima Virgen fue en sus agonías del divino amor y en sus deseos ardentísimos del cielo.

Alégrate y gózate, Virgen María, Aleluya; porque has sido elevada a lo más alto de los cielos. Aleluya.

Dios te Salve Maria. etc.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

2o.—El segundo escalón del Tránsito de la Santísima Virgen fue en su muerte preciosísima.

Alégrate, etc. —Ave María.— Ruega por nosotros, etc.

3o.—El tercer escalón del Tránsito de la Santísima Virgen fue cuando su alma inmaculada se presentó ante la Trinidad beatísima.

Alégrate.—Ave.—Ruega.

4o.—El cuarto escalón del Tránsito de la Santísima Virgen fue cuando su cuerpo purísimo y virginal fue depositado en el sepulcro.

Alégrate.—Ave.—Ruega.

5o.—El quinto escalón del Tránsito de la Santísima Virgen fue cuando resucitó gloriosa y triunfante al tercero día de su dichosa muerte.

Alégrate.—Ave.—Ruega.

6o —El sexto escalón del Tránsito de la San-

tísima Virgen fue cuando en su Asunción gloriosa en cuerpo y alma a los cielos.

Alégrate.—Ave—Ruega.

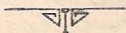
7o.—El septimo escalón del Tránsito de la Santísima Virgen fue cuando la Trinidad beatísima le coronó por Reina de los cielos y soberana emperatriz de todo el universo.

Alégrate.—Ave.—Ruega.

ORACION

Dulcísima María, amadísima Reina y Señora nuestra, humildemente postrados ante el excelso trono de vuestras grandezas, os suplicamos no os olvidéis allá en el cielo de estos pobres siervos e hijos vuestros que atravesamos peregrinos, gimiendo y llorando, este mísero destierro. Socórrenos en todas nuestras necesidades, pero especialmente en la hora de nuestra muerte. Alcánzanos entonces una contrición muy viva de nuestros pecados, vernos libres de los terrores de la agonía y las acechanzas del enemigo infernal, recibir piadosamente los últimos sacramentos de la Iglesia, y expirar en un acto purísimo de amor a Dios. Al desprenderse nuestra alma de este cuerpo corruptible, dignaos, oh María, recibirla en vuestras bondadosas y maternales manos, y conducirla y patrocinarla Vos misma ante el tribunal de Dios, para que alcancemos en él perdón y gracia, y nos veamos libres de la terrible sentencia de condenación. Libradnos oh Madre bon-

dadosísima de las penas del purgatorio; y si por nuestros pecados la justicia del Señor nos sepulta en ellas, visitadnos en esa lóbrega cárcel, y no consintáis que por mucho tiempo nos veamos privados de la vista dulcísima de Dios. Enviad a vuestros ángeles que custodien nuestro cuerpo en el sepulcro, y lo preserven de indignas profanaciones. Alcanzadnos por fin que en el día del juicio final resucitemos gloriosos y triunfantes en la congregacion de los justos, para que como fieles siervos vuestros, subamos con los ángeles y santos al cielo a gozar, a vuestro lado, de la vista hermosísima de Dios nuestro Padre, por los siglos de los siglos. Así sea.



QUINCENARIO

En honor del Tránsito de la Santísima Virgen

ORACION PREPARATORIA

Jesús amantísimo y divino Salvador nuestro, que habéis constituido a la Santísima Virgen, vuestra Madre Inmaculada, principal abogada y protectora de los hombres en el cielo, concedednos vuestra gracia para celebrar dignamente (en este Quincenario), los misterios de amor realizados en la dulcísima muerte y Asunción gloriosa de nuestra amadísima Reina. (Pues, así como ella os acompañó en vuestra agonía dolorosa en el Calvario, Vos no la abandonasteis tampoco en sus agonías de amor en el Cenáculo, sino que descendisteis desde el excelso solio de la gloria, cercado de ángeles y santos a recibir en vuestras divinas manos el alma purísima de María, y encumbrándola sobre las Virtudes y las Potestades, los Querubines y los Serafines, la disteis un trono elevadísimo al lado vuestro y la coronasteis por Reina y Señora de la creación entera). Aunque gemimos por vernos separados de esta amabilísima Madre, nos regocijamos desde lo más íntimo de nuestro ser por la gloria incomparable con que la habéis premiado en el empíreo, los maternales cuidados y afanes solícitos que

ella os prodigó en vuestra existencia mortal sobre esta tierra. (Dulcísimo Salvador nuestro, lógrense en nosotros los frutos de vuestra Pasión sagrada); y por los méritos e intercesión de vuestra Santísima Madre, concedednos que toda nuestra vida sea una preparación incesante para la muerte, y que en el momento supremo de partir de este mundo a la eternidad, descansemos nuestra cabeza agonizante entre los brazos amorosos de María, y entreguemos nuestro espíritu en la llaga abierta de vuestro Corazón Sacratísimo. Os lo pedimos por Vos mismo que siendo Dios vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

DIA 1º

Ardientes deseos del cielo

CONSIDERACION

Punto 1º. — Representémonos a la Santísima Virgen, en los postreros días de su existencia mortal sobre este mundo. Su hermosísimo rostro se ha tornado como luminoso y trasparente por la vehemencia del divino amor; sus ojos están frecuentemente humedecidos con lágrimas, y casi siempre clavados en el cielo; y su Corazón deja escapar encendidísimos suspiros que como otras tantas flechas de caridad van a enclavarse en el pecho de su Hijo sacratísimo.

Según la más grave y mejor fundada opinión de los antiguos Padres y los más doctos autores eclesiásticos, la Santísima Virgen vivió hasta doce años más, después de la ascensión del Señor a los cielos. Durante este tiempo ella fue verdaderamente la Madre de la recién nacida Iglesia: María era la maestra de los Apóstoles, la fortaleza de los confesores y los mártires, y el ejemplo de las vírgenes. A ella acudían todos los que necesitaban luz en sus dudas o consuelo para sus penas. Conforme nos refiere una autorizada tradición, la Sma. Virgen habitaba en el monte Sión, en una humilde casa, que es visitada hasta hoy por los peregrinos de Tierra Santa, casa muy contigua al Cenáculo, primer templo del Cristianismo.

Sus ocupaciones exteriores se reducían a obras de caridad para con los fieles, y a obras de piedad para con el Altísimo. Recorría frecuentemente los lugares santificados por la Pasión adorable del Redentor, y asistía con los demás cristianos a las funciones religiosas de la primitiva Iglesia. Pero, ¿y quién podrá decir, cuáles eran las interiores ocupaciones del Corazón Inmaculado y purísimo, del Corazón inflamado en ardentísima caridad de la Madre de Dios? De ese Corazón, trono de todas las virtudes, escapábanse instantáneamente, como de un volcán, llamas abrazadoras de divina caridad. Quejábase María a Jesús, de que le tuviese tanto tiempo separada de su amabilísi-

ma compañía, y entre tiernos suspiros tornaba a repetir aquella dulce y sentidísima queja: *Fili, quid fecisti nobis sic?* Oh mi Jesús, amadísimo Hijo mío! por qué me tienes ausente de tí? ¿No ves con cuánto dolor y amargura recorro esta vida, buscándote en todas partes? *Dolentes quaerebamus te.* Ni cómo podría hallar María sus consuelos aquí abajo, cuando el mundo todo no era para ella otra cosa que un inmenso Calvario? Todos los pecadores habían contribuido con sus culpas a la muerte de su divino Hijo: todo el mundo estaba empapado en su sangre. Este mundo era para ella un patíbulo: su Patria, su gloria, su reino, su amor estaban en el cielo. No ha habido por lo mismo Santo alguno que haya deseado la muerte con más vehemencia que María; ni que haya alimentado deseos tan ardientes por el cielo, como esta Virgen inmaculada. Ella con más razón que David exclamaba: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est.* Ay de mí, que se prolonga mi destierro! *Habitavi cum habitantibus Cedar, multum incola fuit anima mea.* Soy moradora de una tierra extranjera: mucho se ha prolongado mi destierro! Con cuánto gozo, con qué júbilo tan grande no vió, pues, María acercarse el día tan deseado de su muerte.

Punto 2º.—A imitación de la Santísima Virgen tengamos, como dice San Agustín, la muerte en deseo, y la vida en paciencia. La

razón por qué muchos cristianos no piensan en la muerte, y la tienen tanto miedo, es porque viven muy aficionados a los bienes vanos y perecederos de este mundo. Pero para el verdadero cristiano, esta vida es un destierro penoso y la Patria está en el cielo. Por esto a todos los Santos, el día más alegre de su existencia, fue aquel en que se les anunció su muerte. San Cipriano remunera con largueza al verdugo destinado a quitarle la vida. San Luis de Gonzaga entona el *Te Deum* al avisarle el médico que se acerca su muerte. Procuremos, pues, destruir en nosotros con tiempo el afecto a las cosas de este mundo, y mantener siempre vivo el recuerdo de las cosas de la eternidad, y encendernos en amor cada día más grande a las del cielo. En todos los trabajos y adversidades que nos ocurran, consolémonos, con el recuerdo de la Patria hermosa que arriba nos aguarda. Procuremos finalmente vivir de tal modo, que en cada instante nos hallemos preparados para morir.

¡Oh María, dulcísima Madre nuestra!, que libre ya de la cárcel de este mundo y de los lazos de la mortalidad, gozáis eternamente en el cielo de la vista y suavísimos abrazos de vuestro divino hijo Jesús, no os olvidéis de vuestros pobres siervos, que vamos surcando las olas de este mundo, rodeados a cada instante de peligros, y en grave riesgo de perdernos para siempre. Sostenednos con vuestra intercesión poderosa, para que no sucumbamos

en medio de tan arduas y numerosas tentaciones como nos cercan; mantened vivo en nuestras almas el deseo de volar cuanto antes a la Patria celestial, para que su constante recuerdo nos libre de las seducciones de la culpa, nos anime a cumplir fielmente la ley santa del Señor, y al fin nos pongan en posesión eterna de la gloria.—Amén.

EJEMPLO.—Hallándose cierta ocasión Santa Gertrudis gravemente enferma en su lecho, y acercándose la fiesta de Asunción de la Santísima Virgen, se lamentaba de no poder prepararse como en otras ocasiones a aquella solemidad, rezando tantos *Ave Marias* cuantos años vivió en este mundo la Inmaculada Reina. Ocurrióle entonces suplir la salutación angélica con estas tres invocaciones: *Ave María—gratia plena—Dominus tecum*, con que ella principia. Gertrudis ofrecía una vez a la Santísima Virgen estas preces junto con las oraciones que algunas personas piadosas le habían prometido rezar por ella, cuando se le apareció la soberana Reina cubierta de un manto verde, sobre el cual brillaban numerosas florecillas de oro agrupadas aquí y allí formando ramilletes; y le dijo que esas flores simbolizaban las oraciones que se le habían ofrecido, y que el resplandor más o menos vivo de aquellas representaba el fervor y atención con que cada persona las había rezado; «resplandor, continuó María, que derramo sobre esas mismas perso-

nas para tornarlas más agradables a mi Hijo y a toda la corte celestial». Pero entre esas flores resplandecían extraordinariamente algunas rosas de maravillosa hermosura; y en sus pétalos de oro reconoció la santa que estaban simbolizadas las invocaciones con que se había esforzado ella por saludar a su Reina. Cuando llegó la vigilia de la fiesta tuvo Gertrudis otra visión: se le apareció la Santísima Virgen como extendiendo su manto para recibir bajo de él a cuantos se refugiaban bajo su especial protección. Notó entonces que de todas partes se acercaban los ángeles, conduciendo cada cual a una multitud de personas que se habían dispuesto para esta solemnidad con algún ejercicio particular de devoción o el rezo de ciertas oraciones, ya que todas esas almas en figura de hermosísimas doncellas agrupaban en torno de María, quien las recibía amorosamente y las defendía de sus enemigos. Vió también que acudían a María y se refugiaban bajo su manto muchos pequeños animalitos de diferentes especies, los que representaban a los pecadores que, a pesar de su miseria, profesaban una especial devoción a la Reina del cielo; la cual a todos acogía con bondad, los cubría con su manto y los acariciaba con sus manos virginales; manifestando con esto María cuán tierna y misericordiosa es para con todos los que la invocan y la honran, especialmente en el misterio de su gloriosa Asunción.— (*Revelaciones de Santa Gertrudis.*—Lib. 4º.

Fruto.—Este día nos asociaremos al coro de los Patriarcas, y en unión con ellos felicitaremos a la Santísima Virgen por las prerrogativas y gloria singulares de su dichosa Asunción a los cielos. *La Virtud especial* para este primer día del quincenario será guardar una hora de silencio y retiro, leyendo durante ella un libro piadoso o haciendo otro ejercicio de devoción al pie de una imagen de la Santísima Virgen. Ofreceremos también a esta Madre dulcísima romper con aquella ocasión o apartarnos de aquel peligro que conocemos ser el principal obstáculo para nuestra santificación y salvación eterna; y la pediremos encarecidamente nos alcance la gracia de convertir todo el resto de nuestra vida en una continua y fervorosa preparación para la muerte.

Luego se dirá:

Demos gracias a la Santísima Trinidad por las prerrogativas singulares que prodigó a María en el misterio de su Asunción gloriosa.

Yo os doy gracias, oh Padre Eterno, porque por vuestro poder habéis sacado a la Santísima Virgen de este valle de miserias, le habéis conducido triunfante a los cielos, y le habéis coronado como a Hija vuestra por Reina y Señora de toda la creación.

Ave María, Gloria Patri.

Yo os doy gracias, oh Hijo Eterno, porque por vuestra sabiduría habéis sacado a la Santísima Virgen de este valle de miserias, le habéis conducido triunfante a los cielos, y le habéis coronado como a Madre vuestra por Reina y Señora de toda la creación.

Ave María, Gloria.

Yo os doy gracias, oh Espíritu Santo, porque por vuestro amor habéis sacado a la Santísima Virgen de este valle de miserias, le habéis conducido triunfante a los cielos, y le habéis coronado como a esposa vuestra por Reina y Señora de toda la creación.

Ave María, Gloria.

GOZOS

*Te vas, y en el suelo,
Nos dejas, María!
Llévanos al cielo
En tu compañía,
No nos dejes: no!
Ponnos junto a Dios.*

Los cielos se entreabren,
Rásganse las nubes,
Y alados querubes
De níveo fulgor,
«Ya es hora, te dicen,
Vámonos a Dios»!

Igneos serafines,
En quadriga hermosa
Fulgente carroza
Arrastran en pos;
En ella triunfante
Subes al Señor.

Ya surcas el éter
Sembrado de estrellas;
Ya lucen tus huellas
Más allá del sol;
Adiós, Madre amada!
Reina hermosa, adiós!

Desde el alto empíreo,
De Dios a la diestra,
Vuelve, ¡oh Madre nuestra!,
Hacia el pecador,
Esas tus miradas
Radiantes de amor.

Este triste valle
De luto y quebranto,
Regamos con llanto
De acerbo dolor!
Ay! cuándo veremos
El rostro de Dios!

Cual náufrago triste
Solo en mar bravía,
Busco en tí, María,
Puerto y salvación;

En la eterna playa
Sálvame tu amor!

Cuando llegue la hora
Postrer de la vida,
¡Ay Madre querida,
¡Ay Madre de amor!
Guárdanos entonces
En tu Corazón!

Y al dejar el valle
De llanto y abrojos,
Y al cerrar los ojos
A la luz del sol;
Haz que los abramos
Para ver a Dios.

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACION

Os rogamos, Señor, que perdonéis a vuestros siervos sus pecados; y ya que no podemos agradaros con nuestros actos, haced que nos salvemos por la intercesión de la Madre de vuestro divino Hijo, Nuestro Señor, que con Vos y el Espíritu Santo, vive y reina en unidad de naturaleza, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

Se concluirá con la siguiente:

ORACION

a la Santísima Virgen del Tránsito, para alcanzar la gracia de una buena muerte

¡Hermosísima Reina y amantísima Madre nuestra, María! cuán dulce y preciosa fue vuestra muerte santísima a los ojos del Señor! Después de la inmolación de vuestro divino Hijo en el Calvario, no ha ofrecido la tierra holocausto de más agradable olor en la presencia del Altísimo, que vuestro tránsito glorioso de la tierra al cielo. Libre de aquellas angustias y congojas horrorosas que experimentan los pecadores en aquella hora, Vos, ¡oh Virgen Inmaculada!, moristeis por la fuerza del amor; vuestra muerte preciosa, antes que muerte, fue un placidísimo sueño en los amantes brazos de Jesús, del cual despertasteis en las eternas glorias del paraíso; y resucitando gloriosa subisteis a tomar posesión del trono de soberana Emperatriz de cielos y tierra. Ahora, pues, ¡oh Madre dulcísima!, por estos singulares privilegios de vuestra santísima muerte, os pedimos humildemente, vengáis como Madre a asistirnos en el trance final de nuestra vida. Cuando agonicemos desamparados de todas las criaturas, y el infierno redoble sus esfuerzos para perdernos, Vos seréis, ¡oh Madre amantísima!, nuestra única esperanza.

Volad entonces a nuestro socorro; libertad nuestra alma de las garras del dragón infernal, escondednos en vuestro maternal Corazón, y sacándonos de este valle de lágrimas y miserias conducidnos triunfantes a la gloria eterna del paraíso. Amén.

DIA 2º

(En este y los siguientes días se hará todo como en el primero, exceptuando sólo la consideración, que es diferente en cada día)

Invitaciones amorosas de los Angeles

CONSIDERACION

Punto 1º.—Representémonos las vivas ansias y los ardientes deseos con que todos los santos y las jerarquías angélicas pedían a Dios Nuestro Señor abreviase los días de la vida mortal de María Santísima, y sacándola de este destierro, la colocase en el trono singular de gloria que le tenía destinado desde toda la eternidad. ¡Con qué empeño y afán se preparaban a conducir triunfante a su Reina, para que llenara de alegría, esplendor y hermosura los cielos!

Cuando el Arca de la alianza fue trasladada de la casa de Obededón al monte Sión, celebróse en Jerusalén una solemnísimas fiesta. El Arca figuraba a María, que llevó en sus castísimas entrañas al verdadero Maná de los cielos,

el Pan de la vida, Jesucristo Señor nuestro; la fiesta en honor del Arca representaba la gloria de la Virgen en el día de su Tránsito. El gozo de la ciudad santa en la traslación del Arca, no era sino una pálida imagen del regocijo inefable de todos los Angeles en la Asunción triunfante de María.

Después que nuestro divino Redentor subió a los cielos, nada deseaban con más viveza aquellos espíritus bienaventurados que tener a su Reina entre ellos. Algo faltaba sin la presencia de María a su gloria accidental; por lo mismo, no cesaban de repetir al Altísimo aquella sentida oración: «*Surge, Domine, in requiem, Tu et arca sanctificationis tue*»: Levantaos, Señor, y entrad Vos, y el Arca de vuestra santificación, en vuestro descanso eterno. Con cuánto amor no invitaban a María los ángeles y los serafines; con cuánta inquietud no esperaban el momento de conducir a los cielos a este nuevo cielo animado de la Divinidad! A su vez, estas visitas y empeño de los Angeles, aumentaban las ansias amorosas de María, que no podía contemplar indiferente los preparativos con que los cortesanos de la gloria, sus fieles y obsequiosos vasallos, se preparaban ya a recibirla.

Punto 2º.— Aunque pobres y miserables, desde que por la gracia de la Redención divina estamos llamados todos a ver y contemplar a Dios, tenemos también nosotros preparado desde

toda la eternidad un trono de gloria en los cielos. Los Angeles nos miran como a sus hermanos, y es grande y viva la ansiedad con que se afanan, porque se complete cuanto antes el número de los predestinados, y se llenen aquellas sillas que quedaron vacantes, por la defección de los Angeles rebeldes. La fe nos enseña, en efecto, que este mundo es solamente un lugar de parada y tránsito, pero que nuestra patria está en el cielo. Por esto, todos los santos han deseado ardientemente verse libres de las ligaduras de la carne, para volar cuanto al paraíso. La tierra ha sido para ellos una prisión, y su muerte la han visto como el día de su verdadera libertad. San Ignacio de Loyola acostumbraba pasar horas enteras contemplando el cielo, y exclamaba: «Cuánto me desagrada la tierra, cuando contemplo el cielo»: *Horret mihi terra dum, coelum aspicio*. Seis meses antes de que San Nicolás de Tolentino partiera de este mundo, los Angeles le hacían escuchar todas las noches las armonías del paraíso, que encendían al Santo en vivísimos anhelos de subir al cielo. Honremos nosotros a María en el misterio de su Asunción gloriosa, y ella nos alcanzará, como a estos devotos siervos suyos, gran desapego del mundo y sus vanidades, y vivo amor por las cosas de arriba; y lo que es más, la gracia de una santa y dichosa muerte.

¡Oh María, amantísima Reina nuestra!, cuan-

do se acerque el término de nuestro destierro y estemos próximos a entrar en la agonía, enviad junto a nuestro lecho de dolor a vuestros Angeles santos que nos defiendan de las asechanzas del enemigo infernal y de las ilusiones del pecado. Para ello renovamos gustosos en este momento, las promesas del bautismo, y renunciemos otra vez a Satanás y sus pompas, al mundo y a sus vanidades. Todo nuestro afán desde hoy será volar al cielo, para ir a contemplar cuanto antes el rostro hermosísimo de Dios y la gloria incomparable con que os ha coronado como a Madre suya, en la mansión del gozo y felicidad eternos. Amén.

Ejemplo. — La historia del celeberrimo santuario de la *Porciúncula*, o *Nuestra Señora de los Angeles*, nos demuestra cuán grandes sean el amor y veneración con que aquellos espíritus bienaventurados honran la Asunción de María a los cielos. Leemos en la vida de San Francisco de Asís (por J. M. S. Daurignac), que en tiempo en que el Santo andaba ocupado en la fundación de su Orden, existía cerca de la ciudad mencionada de Asís una iglesia en ruinas, en la cual se abrigaban los pastores durante las tempestades, y de la cual sin embargo se referían por muchos conmovedoras maravillas. La historia del pequeño y abandonado santuario era la siguiente. En la última mitad del siglo IV, cuatro piadosos peregrinos

de Tierra Santa. personas de eminente virtud, regresaron de Palestina, con el traje penitente de ermitaños, y se fijaron en el valle de Espoleto con autorización del Papa. Allí, junto a un pequeño cremitorio, edificaron una capilla destinada a conservar una preciosa reliquia que habían traído de Jerusalén, y que colocaron debajo del altar, seguros como estaban de su autenticidad. Esta reliquia era un considerable fragmento del sepulcro de la Santísima Virgen, la cual fue origen de que se diera al templo el título de *Santa María de Josafat*, por cuanto el sepulcro de María está situado en Jerusalén, cerca de Getsemaní, en un extremo del valle de Josafat; aunque los ermitaños hubiesen dado a su capilla el título primitivo de *Santa María de Asunción*. Dos siglos más tarde, una colonia de religiosos Benedictinos tomó a su cargo el Santuario, lo ensanchó y embelleció notablemente, y le dió el nombre nuevo de *Santa María de los Angeles*. La razón de esto fue, que al fijarse aquellos religiosos en ese lugar, principiaron a verse frecuentemente apariciones de multitud de Angeles, en torno del altar donde estaba colocada la reliquia. Pasaron los tiempos, el antiguo templo benedictino se deshizo en ruinas, y todavía continuaron las celestiales apariciones. En el siglo XII había cesado ya todo culto en el Santuario, y sin embargo los Angeles continuaban cercándole aún con su respeto y amor,

como lo afirmaba San Buenaventura. Acontecía muchas veces que los pastores y demás transeuntes que entraban en esas venerandas ruinas para guarecerse de las tempestades, quedaban estupefactos escuchando de repente angélicas melodías, o viendo apariciones maravillosas de estos celestiales espíritus; y era que en medio de las ruinas existía aún en pie el altar, y en él la preciosa reliquia del sepulcro de la Madre de Dios. Finalmente San Francisco obtuvo de los Benedictinos la *cesión de Santa María de los Angeles*, o de la *Porciúncula*, que vino a ser la cuna de la Orden franciscana, el lugar de la famosa indulgencia de aquel nombre, y uno de los centros más fecundos de gracia y bendiciones para todo el orbe católico.

Fruto.—Este día nos uniremos al coro de los Profetas, para felicitar a la Santísima Virgen por los privilegios de su Asunción gloriosa. A imitación de la Santísima Virgen procuremos vivir desprendidos de este mundo, y de todos sus placeres, honras y vanidades; mantengamos intacta una gran pureza de alma y cuerpo, y estemos a toda hora listos para la muerte; y entonces los Angeles vendrán a fortalecernos en nuestras últimas agonías, y la Reina Inmaculada de esos bienaventurados espíritus vendrán a conducir nuestra alma a la gloria.

VIRTUD PARA ESTE DIA.—Retirarnos de aquella amistad, romper aquel libro, estampa, retrato u otro objeto cualquiera, que conozcamos ser

el principal obstáculo para darnos enteramente a Dios, y que más amarguras nos ha de causar en la hora de la muerte.

DIA 3º

El anuncio

CONSIDERACION

Punto 1º. Representémonos a la Santísima Virgen en el momento de recibir de un ángel el anuncio que le envía su divino Hijo, de que es llegado ya el tiempo de dejar este valle de miserias, y lugar tristísimo de destierro, y volar a la mansión de la gloria. Póstrase la humildísima Virgen en el suelo, y bañado el hermoso rostro en lágrimas suavísimas de amor, pronuncia otro *fiat*, semejante al de la Encarnación, y con la más viva gratitud contesta al celestial mensajero. «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí, según tu palabra». Una antigua tradición atestiguada por Methafrastes y Nicéforo, dice que al acercarse el tránsito de la Santísima Virgen, ocurrido, según la opinión más probable doce años después de la ascensión del Salvador, un ángel fue enviado de Dios para anunciar a María que se aproximaba su muerte, y era llegado el tiempo de ir a tomar posesión del trono de Reina de los cielos que le estaba preparado desde toda la eternidad. Créese que este celestial mensajero

fue el mismo arcángel San Gabriel que anunció el misterio de la Encarnación. En señal de ser su misión verdadera, añadela tradición, que entregó el arcángel a María un verde y hermosísimo ramo de palma, como símbolo de la brillantísima y final victoria que en su Asunción iba a alcanzar de la muerte y el infierno.

¿Cuáles fueron los sentimientos, preguntémos aquí con un piadoso autor, que experimentó la Virgen María al recibir tan feliz anuncio del arcángel San Gabriel? ¡Qué hermosas virtudes practicó entonces? ¡Qué sumisión tan completa a los decretos del Altísimo! ¡Cuán perfecto no fue el holocausto que ofreció entonces al Supremo Señor de la vida y de la muerte, aceptando gustosísima, si fuese necesario, aún la aniquilación completa de su ser, en aras de la voluntad divina! ¡Con qué gratitud recordó las gracias todas que del Señor había recibido! ¡Con qué caridad tan encendida no repetiría en el fondo de su corazón aquella hermosa exclamación de los salmos: «Grandemente me he regocijado del anuncio que se me ha hecho, que tengo ya de irme a la casa del Señor: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*» (Ps. CXX, 1, He aquí, diría, el momento por qué tantos años suspiro; he aquí el término de mis ansias; iré por fin a reunirme con mi Amado, y gozaré de su dulcísima presencia y contemplaré su gloria.

Punto 2º.— Día ha de llehar en que también a nosotros se nos anunciara que se acerca el momento de despedirnos de este mundo y partir para la eternidad. Un accidente súbito, una enfermedad irremediable, o la voz del médico, serán los enviados de Dios, que nos dirán, como en otro tiempo al Rey Ezequías: «Arregla tu casa, dispón de tus cosas, porque morirás sin remedio». ¡Oh! qué anuncio tan duro es éste para los pecadores, para aquellos, dice la Escritura Santa, que han puesto la felicidad y paz de su corazón en los bienes perecederos de este mundo! ¡Qué terribles son entonces las congojas del voluptuoso y del avaro, que quisieran alejar de sí la muerte, que con inexorable brazo les separará bien pronto de sus riquezas y placeres, para lanzarles en el abismo sin fondo de la eternidad! Entonces son la desesperación y el crujir de dientes, comienzos ya de la suerte infeliz que les espera.

Pero cuán de otra suerte han recibido los santos el anuncio de su partida; si acaso algunos han sentido los terrores de la muerte, éstos han desaparecido luego ante el recuerdo de la bondad infinita del Altísimo. La mayor parte de estos siervos fieles han saltado de indecible gozo al noticiarles que se les acercaba la hora de su tránsito. Ningún medio más seguro para alcanzar estas tan deseadas paz y serenidad en el momento de la muerte,

come una vida piadosa y cristiana, unida a una tierna devoción a la Santísima Virgen, principalmente en el misterio de su Asunción, como nos lo comprueba el siguiente:

Ejemplo.—Apenas el gran príncipe San Esteban, legislador y apóstol de Hungría, hubo recibido el título de Rey, apresuróse a poner, con voto solemne, su persona, su trono y todo su reino bajo la especial protección de la Santísima Virgen. Hizo a esta dulcísima Reina donación de sus estados, llamándolos desde entonces «*Los Dominios de María Santísima*». Este amante siervo de la divina Madre, arrastró con su ejemplo de tal modo a todos sus vasallos, los húngaros, que hablando ellos de la Reina del Cielo, no le daban otro nombre que el de *su Señora y Soberana*. El santo Rey levantó a su gloriosa Patrona una magnífica iglesia en la real ciudad de Alba; en cuyo templo, los mármoles, piedras preciosas, esculturas y demás curiosísimos adornos del edificio competían en riqueza con las vestiduras sacerdotales y los preciosos vasos de oro, plata, cristal y ónix.—Presintiendo San Esteban que se acercaba ya el fin de sus días, llamó junto a sí a los obispos y grandes de la corte, y después de recibidos los últimos sacramentos, les recomendó la digna elección del nuevo rey, y muy en especial, la vigilancia en mantener la verdadera Religión recientemente establecida en Hungría. En seguida, levantando al cielo

sus ojos y sus manos, dijo en alta voz: ¡Oh Reina de los cielos, reparadora del mundo! pongo bajo vuestra protección a la Santa Iglesia con los obispos y el clero, así como también este Reino con los grandes y el pueblo; y dándoles el último adiós, pongo mi alma en vuestras purísimas y maternales manos». Dichas estas palabras expiró, el día de la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, gracia que había deseado y pedido toda la vida y que al fin la obtuvo por sus fervientes oraciones y tierna devoción a la Reina de los cielos.

Fruto.—Honraremos a la Santísima Virgen este día, uniéndonos al coro de los Apóstoles. Resolvámonos, a ejemplo de la Santísima Virgen, a prepararnos constantemente a la muerte, ya por medio de ardorosos deseos de ver a Dios, ya por el ejercicio de la más perfecta resignación a aceptar la muerte que la tenemos bien merecida por nuestros pecados. Santa Brígida vió en el purgatorio un lugar especial destinado a aquellos que se hacen culpables por su indiferencia respecto del cielo, y por la falta de ese constante deseo que todos debemos tener de ver a Dios.

DIA 4º

La preparación para la muerte

CONSIDERACION

Punto 1º.—Imaginémonos a la Santísima Virgen en los solemnes momentos que siguieron a la embajada del ángel, que le anunció su cercano tránsito. ¡Cuáles serían entonces los sentimientos de su alma, cuáles los afectos de su Corazón Inmaculado! Hallándose completamente desprendida de las cosas de este mundo, no había cosa que pudiese detener el vuelo de su espíritu hacia la eternidad.—Refiere Nicéforo que fue tan grande la interna alegría que recibió la Santísima Virgen, con la nueva que le dió el ángel de su cercano tránsito, que no podía saciarse de tributar las más rendidas acciones de gracias a Dios, por tan excelente beneficio; y llena del más vivo gozo comunicó a aquellos de los cristianos que más adictos la eran, y que formaban como grupo de almas predilectas suyas, todo lo que el ángel había dicho; y en testimonio de ello les mostró el ramo de palma, que el mensajero del Señor le había entregado. En seguida, ordenó se distribuyeran sus pobres vestidos, que era lo único que tenía, a dos pobres viudas que habitaban en la vecindad. Añade Nicéforo, que la humilde casa de la Santísima Virgen se llenó entonces de una gran multitud de fieles

que manifestaban, con la abundancia de sus gemidos y lágrimas, cuán grande era el dolor que sentían sabiendo que se acercaba el momento en que habían de verse privados de la presencia de una madre tan amable, tan dulce para consolarles en sus penas, y tan iluminada para instruirles en las cosas de la fe y salvación. Pero María los exhortó a todos a que enjugasen sus lágrimas, puesto que desde el cielo les auxiliaría aún más; díjoles que, por lo mismo, desechando la tristeza, se entregasen como ella al gozo y la alegría. Estos fueron los preparativos que hizo la divina Madre al acercársele la muerte. Su alma purísima e inmaculada, constantemente dirigida al cielo como la llama, ninguna afección tenía que romper ningún arreglo que hacer, para disponerse a morir. Por tanto, la muerte iba a ser para ella, no una separación repentina y brusca, sino un tránsito dulce y apacible del destierro a la Patria, de la tierra al cielo; y ella, con más razón que el Profeta, podía exclamar: *Paratum cor meum, Deus: paratum cor meum*. Preparado está mi corazón, Señor: mi corazón está preparado!

Punto 2º.—Lo que hace amarga y dura la muerte para el pecador son las separaciones violentas e irremediables que ella causa. El pecador ama a su cuerpo, y tiene que dejarlo en el sepulcro; ama las riquezas de este mundo, y no puede llevarlas a la eternidad; ama

los honores, y éstos se desvanecen como sombra. El Espíritu Santo llama a la muerte, día de perdición; *Juxta est dies perditionis*. El rey Agag, todo tembloroso y macilento, al escuchar que Samuel le condenaba irremisiblemente a morir, dijo, entre terribles congojas: «¿Así me separas, oh muerte, de todo lo que yo amo?» *siccine separas amara mors?*—Los santos, por el contrario, que tenían su alma completamente desprendida de este mundo, nada tenían que perder en la muerte, puesto que voluntariamente y con tiempo se habían preparado a ella, renunciando a todas las cosas de este siglo. Por esto el ángel dijo a San Juan, en el Apocalipsis, que eran bienaventurados los muertos que morían en el Señor; esto es, aquellos solamente que antes de morir a la vida, habían ya muerto al mundo y al pecado. He aquí, porque toda la vida del cristiano debe ser una preparación continua para la muerte. Entre estos medios de preparación ninguno más eficaz que una devoción tierna y constante a la Santísima Virgen, pues ella infunde grande consuelo en el alma, en aquellos terribles momentos.

Ejemplo.—San Felipe Benicio fue uno de los santos más devotos de María, de manera que mereció el hermoso título de *Apóstol de la Virgen*; y alcanzó por ello ser grandemente favorecido por esta divina Señora, al término de su vida. Según algunos autores fue la misma

Virgen Sacratísima quien reveló al Santo el lugar y tiempo de su muerte. Hallándose de camino llegó a Todi, ciudad de la Marca de Ancona. Apenas llegó, fuése a la iglesia, y se prosternó humildemente ante el altar de su buena Madre. Después de haber orado largo tiempo allí con fervor de ángel, dijo a los que le cercaban: «Este es el lugar de mi descanso para siempre». El día siguiente, que era víspera de la Asunción, predicó sobre la gloria de los santos un hermosísimo discurso. El día mismo de la fiesta le acometió un acceso violento de fiebre, que fue agravándose más y más durante toda la octava. El último día recibió los sacramentos con grande devoción, y mientras que se terminaban todas las ceremonias y oraciones, cayó en un delirio que duró como tres horas, durante las cuales se llegó a creer que había muerto ya. Pero habiendo vuelto en sí dijo a sus religiosos, que había tenido que sostener un terrible combate con el demonio, que se esforzaba por precipitarle en la desesperación, poniéndole ante los ojos los pecados de su vida; pero que la Santísima Virgen había intercedido ante el Señor, para que devolviese a su querido siervo la paz y tranquilidad del alma, y dicho esto, poco después expiró San Felipe Benicio, con una calma y serenidad dulcísimas.

Fruto.—Este día nos uniremos al coro de los Mártires, para felicitar a la Santísima Virgen

por los privilegios de su Asunción gloriosa. A imitación de María y de todos los Santos, hagamos de nuestra vida una continua preparación para la muerte; y practiquemos todas nuestras buenas obras como si supiéramos que cada una de ellas había de ser la última de nuestra vida. Todas las noches, al tiempo de acostarnos, besemos devotamente nuestro Crucifijo, con los mismos sentimientos que quisiéramos tener al besarlo en la hora de la muerte.

Virtud. — Acostumbrarnos a hacer todas las noches el examen de conciencia, y resolvernos a cortar definitivamente con aquellos impedimentos que más se oponen a nuestra entera santificación.

DIA 5º

El Colegio Apostólico

CONSIDERACION

Punto 1º. — Contemplemos a la Santísima Virgen en los últimos días de su vida mortal, postrada no por enfermedad alguna sino por la vehemencia del amor divino, en un humilde y pobre lecho. La reducida estancia de la Madre de Dios no es frecuentada por reyes ni poderosos de este mundo, pero es visitada constantemente por los Apóstoles, que habiendo acudido de todos los puntos del globo para asistir a su reina moribunda, la cercan con las

manifestaciones más tiernas y sinceras de amor, respeto y veneración.

Según aseguran unánimemente San Juan Damasceno, Juvenal, patriarca de Jerusalén, y el historiador Nicéforo, al aproximarse el tránsito de la Santísima Virgen, los Apóstoles que se hallaban diseminados por las regiones más apartadas de la tierra, anunciando, conforme al precepto del divino Maestro, el Evangelio a todas las naciones, atraídos por súbita inspiración del cielo acudieron todos a Jerusalén para asistir a la Santísima Virgen en el último paso de su vida, escuchar sus consejos dulcísimos y recibir su maternal bendición. Junto a María se encontraba entonces San Pedro, el príncipe del Colegio apostólico y cabeza visible de la Iglesia; y también San Juan que desde el Calvario no abandonó jamás a la que el divino Maestro moribundo le señaló por protectora y madre. ¡Qué consuelo tan inefable para aquellos fieles y amantes siervos de Jesús contemplar de nuevo las facciones hermosísimas del Hijo resplandeciendo con semejanza maravillosa en las de la Madre! ¡Qué júbilo escuchar en la voz de María la reproducción exacta de la de Jesús, un eco fiel de este torrente de amor y sabiduría que brotaba inexhausto de los divinos labios del Verbo Encarnado! Pero ay! cuanto dolor en esas almas puras, santificadas por la gracia y admirablemente hermoseadas y pulidas por la caridad más de-

licada y generosa, al considerar que perdían en María la maestra que les ilustraba en sus dudas, la madre que les consolaba en sus penas, y la reina que les amparaba con su presencia soberana en todos los combates y persecuciones! ¡Con qué solícito afán recogerían en sus contristados corazones las últimas palabras de María, cómo las insculpirían en sus almas con indeleble recuerdo, estimándolas como el testamento sagrado de la más dulce y amorosa de las madres! ¡Qué recomendaciones serían aquellas que hizo San Pedro a María en favor de la Iglesia universal, que bien pronto iba a ser anegada en un mar de sangre por tres siglos consecutivos! Es indudable que de aquella última entrevista de los Apóstoles con la Reina de los cielos, sacarían estos príncipes de la nueva Jerusalén copia más abundante de gracias, de luces, de fortaleza para llevar adelante su lucha colosal contra el infierno, y plantar sobre las ruinas de los ídolos el imperio de la Cruz en todo el universo. El recuerdo de María, después del de Jesús, debió ser para los Apóstoles a modo de bálsamo suavísimo que les confortara en sus fatigas, y les sostuviera principalmente en la hora suprema de su doloroso martirio.

Punto 2º.—Para combatir, a imitación de los Apóstoles, a los enemigos de nuestra salvación que por todas partes nos cercan, acudamos como ellos al patrocinio poderoso de María, y como ellos también seamos siervos fieles e hi-

jos amantes y abnegados de esta Reina celestial. Así como los que navegan en una mar tempestuosa, y en medio de oscura noche, no apartan su vista del rumbo que les señala la estrella del norte, no desviemos nosotros los ojos de aquella a quien la Iglesia llama con el hermoso nombre de *Estrella del Mar*. *Ave Maris Stella*. Oh! tú, cualquiera que seas, dice San Bernardo, que sientes que caminas no por la tierra, sino más bien entre las borrascas y tempestades de la mar, si no quieres sucumbir, no apartes los ojos de los resplandores de esta Estrella. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si te ves entre escollos de pesares, mira a la estrella, invoca a María. Si te conoces víctima de las ondas airadas de la soberbia, la ambición, la calumnia o la envidia, mira a la estrella e invoca a María: *respice stellam, voca Mariam*. Si la ira, la avaricia o la impureza ponen en peligro la navecilla del alma, mira la estrella e invoca a María. Si turbado por la acerbidad de tus crímenes, confuso por la fealdad de tu conciencia, y espantado con el horror de los juicios de Dios, principias a sumergirte en el caos de la tristeza y los abismos de la desesperación, piensa en María, acude a esta Soberana Protectora. *Si judicii horrore perterritus, cogita Mariam*. El pensamiento de María, el recuerdo de esta bondadosa y misericordiosísima Madre, llena de esperanza a los moribundos, y les mantiene

firmes en la última batalla contra los enemigos infernales, en aquel combate que decide de nuestra suerte por toda la eternidad.

¡Oh María, reina de los mártires y fortaleza de los Apóstoles, si en tí se apoyaron las columnas de la Iglesia, nosotros que somos débiles cañas sacudidas por el viento más leve de la tentación, ¿cómo podremos resistir a tantos enemigos que nos asechan, sino es acogiéndonos a tu amparo maternal? Imploramos tu protección poderosa, Señora amabilísima, muy especialmente para la hora de nuestra muerte; porque entonces todo auxilio humano es impotente y todo recurso inútil. ¡Oh María, de tu intercesión esperamos que no nos hemos de ver confundidos eternamente!

Ejemplo.—A mediados del siglo XII existía en Florencia una Congregación piadosa de caballeros, que con el nombre de los *Laudesi* se dedicaban muy esmeradamente a honrar con toda clase de ejercicios devotos a la Santísima Virgen. Siete de aquellos nobles Congregantes se hallaban reunidos en la capilla de su asociación con el fin de honrar a la divina Madre, en la fiesta de su Asunción gloriosa, el 15 de Agosto de 1233. Lejos del mundo y el bullicio de la ciudad, hallábanse sumergidos en la meditación más profunda de este admirable misterio, cuando de súbito se les apareció María, cercada de ángeles y celestiales resplandores; y en premio de la solicitud que habían em-

pleado en honrarla, les aconsejó que todos siete dejaran el siglo, y se retirasen a la soledad a hacer vida penitente y eremítica. Los virtuosos caballeros obedecieron puntualmente las órdenes del cielo; y mediante una serie de estupendos prodigios y varias apariciones, los condujo María a la más alta cumbre de la perfección, e instituyó por medio de ellos en el monte Senario la célebre Orden religiosa de los Servitas, transformándolos en sacerdotes celosísimos de la gloria de Dios y la salvación de las almas. A cada uno de esos fieles siervos le asistió muy especialmente la Reina soberana en el momento de la muerte, que para todos fue acompañada de gracias extraordinarias y asombrosas. Finalmente todos aquellos siete apóstoles de la virtud han sido inscritos en el catálogo de los santos.

Fruto.—Este día honraremos a la Santísima Virgen, en el misterio de su Asunción gloriosa, uniéndonos al coro de los santos Doctores y Confesores. Formaremos el propósito de no emprender obra alguna buena, sin ponernos previamente bajo la protección soberana de María; y acostumbrarnos a invocarla en todos nuestros trabajos y tentaciones, pidiendo con instancia nos asista en todas nuestras necesidades, pero más especialmente a la hora de la muerte.

Virtud.—En honra de la Santísima Virgen nos abstendremos este día de toda conversación

inútil y toda disipación de espíritu, y emplearemos el tiempo entre las ocupaciones diarias y los ejercicios de piedad, de manera que no desperdiciemos en ociosidad culpable ni un solo minuto.

DIA 6º

Los últimos adioses

CONSIDERACION

Punto 1o.—Contemplemos a la Santísima Virgen, en los postreros días de su vida mortal, cercada en su lecho pobre y humilde de toda la congregación de los fieles de la Iglesia de Jerusalén. Escuchemos los afectos de encendida caridad, las dulces palabras de consuelo, y las tiernas recomendaciones que dirigen mutuamente: la divina Madre a aquellas almas justas, y esos generosos cristianos a su amantísima madre.

No fueron los Apóstoles los únicos que tuvieron la inefable dicha de contemplar y hablar a María, cuando se hallaba próxima a partir de este mundo al cielo. Igual gracia fue concedida a los demás discípulos, y aun a los simples fieles que se hallaban en Jerusalén. San Dionisio areopagita refiere que él también asistió al dichosísimo tránsito de María, y dice que tan hermosa y transfigurada por la gracia se hallaba entonces la Immaculada Virgen, que

si la fe no enseñara lo contrario, le habría creído una verdadera divinidad. Según el Beato Canicio, María formó en Jerusalén la primera comunidad de vírgenes cristianas; las cuales estarían ahí por lo mismo, como un cortejo de honor en torno de su bondadosísima protectora y Madre. En aquellos momentos solemnes cercaban a la excelsa Reina todas las jerarquías de la tierra, y todos los coros de las celestiales inteligencias. Ahí estaban, después de los Apóstoles, las primicias de los futuros mártires, y doctores, y confesores, y vírgenes. *Afferrentur regi virginis post eam*; las vírgenes, según había anunciado el Salmista, debían en adelante seguir sus huellas. Quién podrá ahora expresar las maternales y dulcísimas recomendaciones que en sus postreros días hizo María a aquella asamblea la más ilustre de los santos! Qué documentos tan sabios no daría a los Apóstoles, qué consejos tan tiernos a las vírgenes, qué exhortaciones tan eficaces a los futuros mártires y confesores. A su vez, qué peticiones tan vivas, qué suplicas tan inflamadas no dirigiría cada uno de aquellos fieles a la Madre de Dios, próxima ya a subir a los cielos y tomar posesión del trono de su gloria. La pedirían proteja constantemente a la nascente Iglesia, con el gran poder que su divino Hijo iba bien pronto a darle sobre todo el universo. La Iglesia del Cenáculo dirigiría sin duda alguna a su amantísima Reina súplicas semejantes a las que hoy eleva ante su trono:

Sancta Maria, succurre miseris. Oh Santísima Virgen María, socorre a los miserables; *juva pusillanimes, refove flebiles,* auxilia a los pusilánimes, conforta a todos los que padecen. *Ora pro populo, interveni pro Clero, intercede pro de voto femineo sexu.* Ora por el pueblo, interpón tu mediación por el Clero, intercede por el de voto sexo femenino. *Sentiant omnes tuum juvamen.* Experimenten todos tu amparo y protección

Punto 2º— Todos envidiamos, sin duda, la la dichosa suerte de aquellas almas privilegiadas que asistieron a los últimos momentos de la vida mortal de la soberana Reina de los ángeles. Ah! cómo quisiéramos haber recibido su última bendición, haber escuchado sus postreros consejos! Mas no tenemos por qué desalentarnos; pues, María no se ha alejado de nosotros por su tránsito, sino al contrario está más cerca de nuestros corazones para atender a todas nuestras súplicas, y reina en el cielo para despachar más eficazmente nuestras peticiones y remediar nuestras necesidades. Desde el alto trono de gloria en que se encuentra nos bendice, nos alcanza de su divino Hijo las gracias más preciosas, y está solícita por protegernos en todas ocasiones. No oímos su voz material, es cierto; pero no por esto cesa de hablarnos por medio de las santas inspiraciones que nos procura, y los hermosísimos ejemplos de virtud que nos ha dado en su admirable vida. Su abnegación portentosa su

caridad encendida, su humildad profundísima, reglas y documentos son que Ella nos ha dejado. Hasta en las horas supremas de su preciosa vida, nos enseña a no perder inúltimente el tiempo, y a emplearlo siempre en obras de celo y caridad. La soberana Emperatriz de los ángeles y los santos no cree haber hecho mucho todavía, y hasta su postrer aliento se consume como el incienso en las llamas abrazadoras del amor a Dios y al prójimo; y entonces mismo enseña, bendice y consuela a todas las almas que acuden a su protección. ¿Y estaremos nosotros satisfechos con una vida descuidada e inútil, de la que ninguna gloria recibe Dios, ningún mérito el alma, ni ningún provecho el prójimo?

Ejemplo.—San Jacinto, del Orden de Predicadores, uno de los primeros compañeros de Santo Domingo, se distinguió constantemente por una devoción filial y un amor muy encendido a la Reina de los cielos. Trabajó más de cuarenta años en arduas y penosísimas tareas apostólicas, y antes de emprenderlas acudía siempre a la mediación poderosa de la Santísima Virgen. Acercándose el término de su vida fue favorecido por el cielo con una revelación, en que se le anunció que había llegado el fin de sus trabajos e iría a gozar de la eterna gloria en la próxima fiesta de la Asunción. Redobló su fervor preparándose para su cercano tránsito. Dió a los religiosos que le asistían una

exhortación admirable acerca de la devoción a María. El día de la fiesta, asistió a los divinos oficios, recibió con ejemplar piedad los últimos sacramentos, se encomendó por última vez a su amada Reina, y entregó su espíritu en manos del Criador el día mismo en que María entró en posición del trono de Soberana emperatriz de los cielos y la tierra; como que esta amadísima Reina se ha complacido en todos tiempos en hacer participantes a sus siervos predilectos del triunfo incomparable de su Asunción gloriosa.

Fruto.—Uno de los modos mejores de prepararse a la muerte es el santo empleo del tiempo, procurando no perder inúltimente un solo momento. San Alfonso María de Ligorio se obligó con voto a usar siempre santamente del tiempo. Ya que no nos sentimos con fuerzas para compromiso tan heroico, al menos formemos el propósito de examinarnos todas las noches, antes de acostarnos, sobre el empleo que hemos hecho del tiempo en las diferentes partes del día, y si hallamos haber malgastado alguna hora o momento inútilmente, impongámonos una severa penitencia.

Virtud.—En honra de la Santísima Virgen, prometamos a esta amantísima Madre cumplir hoy exactamente, y con espíritu de abnegación cristiana todos los deberes propios de nuestro estado.

DIA 7º

La última Comunión

CONSIDERACION

Punto 1º.—Representémonos a la Santísima Virgen, en el momento de recibir por última vez y por Viático el cuerpo y sangre preciosísimos de su divino Hijo Jesús. ¿Qué sentiría entonces la Madre inmaculada al recibir en sus castísimas entrañas a la Hostia divina y sacrosanta, formada de su sangre virginal? Cómo se renovarían en su Corazón ardentísimo todos los afectos de Nazaret, Belén y el Calvario! Qué llamas de caridad levantaría en la Reina de los serafines, esa última Comunión, la que más santamente se ha recibido jamás sobre la tierra!

Después de la Ascensión del Señor a los cielos, María se vió privada de la vista sensible de su divino Hijo, pero no de su presencia real, de la que como nadie gozaba en el Santísimo Sacramento. Su habitación al principio fue la misma casa de Juan Marcos, donde se hallaba el Cenáculo, que fue el primer templo de los cristianos, conocido con el nombre de Santa Sión. Después trasladó su morada a otra habitación más humilde, pero situada siempre en el monte Sión, y muy cercana al Cenáculo, sitio que es visitado hasta hoy por los peregrinos de Tierra Santa, y se conoce con el nom-

bre de *Casa de la Santísima Virgen*; lo cual prueba el encendidísimo amor y culto que la Reina de los cielos profesaba al augusto Misterio de nuestros altares. Muchos y doctos teólogos en sabias disertaciones, de igual manera que almas privelegiadas en sus revelaciones extáticas, aseguran que María recibía diariamente la santa comunión; y que por un estupendo prodigio se conservaban intactas en su pecho virginal las especies sacramentales desde una comunión a otra, renovándose así continuamente en sus entrañas purísimas el misterio de la Encarnación. No podemos, pues, dudar, que acercándose su dichoso tránsito María Santísima habrá recibido de manos de los Apóstoles, probablemente de San Juan o de San Pedro, la última Comunión. Gersón cree que Jesucristo en persona habrá venido del cielo a dar a su Madre inmaculada, con sus propias y divinas manos, el santo Viático, y ejercer cerca de ella el sublime oficio de sacerdote. Cosa nada difícil de creer, puesto leemos haber concedido el cielo favores análogos a algunos santos, que recibieron de manos de ángeles el sagrado Viático, ¿por qué no suponer que María, la reina de todos los santos, lo habrá recibido de su mismo y sacratísimo Hijo? ¿Qué lengua podrá ahora expresar lo que fue aquella comunión, que realizó el grado supremo de unión que puede concebirse entre la Hostia divina y aquella criatura inmaculada, superior en santidad a todos los

serafines juntos? ¿Qué llamas de amor se encenderían en el Corazón inflamado de la Virgen; qué abismos de caridad, qué tesoros de virtud labraría aquella comunión en el alma de la Santísima Madre de Dios; qué fuerza le comunicaría, para que se eleve como el águila sobre lo más encumbrado de los cielos, hasta la diestra misma de Jesús?

Punto 2º — Uno de los efectos propios de la santa comunión es depositar en nuestro cuerpo el gérmen de la inmortalidad, que en el día del juicio hará levantarnos triunfantes de la corrupción y de la muerte. Pero cuando necesitamos más de las gracias inefables de la comunión es en los momentos supremos de la vida, cuando es preciso revestirse de la fuerza misma de Dios, para atravesar ese puente formidable que separa este mundo de la eternidad. Entonces, cuando hay que luchar encarnizadamente con el infierno, cuando llega el momento de presentarse solitarios ante el tribunal de Dios, entonces viene Jesús en persona, y se hace nuestro viático, es decir, el Pan que nos ha de sostener en el paso de ese espantoso desierto que media entre la vida y el cielo. Si alguna comunión de nuestra vida debe ser santa y fervorosa, sin duda que es aquella que se nos ha de dar en el término de nuestra existencia mortal. Pero ¡ay! que es una triste verdad, que no comulga santamente en la muerte, quien no se ha acostumbrado a

hacerlo así durante la vida. Formemos, pues, la resolución de comulgar con la frecuencia que nos indiquen nuestros confesores, y con disposiciones tales como las quisiéramos tener en nuestra última comunión.

¡Virgen inmaculada, azucena de candor y de pureza, que formasteis el encanto y las delicias del Cordero celestial que se apacienta entre lirios, bacednos participantes de vuestras virtudes, a fin de que nuestros pechos sean una morada menos indigna de nuestro Dios sacramentado! ¡Oh Madre dulcísima! alcanzadnos la gracia de que no salgamos de este mundo sin recibir los últimos sacramentos que fortalecerán nuestra flaqueza en nuestras agonías postreras, y en el paso terrible y decisivo del tiempo a la eternidad!

Ejemplo.—Entre las innumerables gracias con que Santa Gertrudis era ordinariamente favorecida en las fiestas de la Asunción de la Santísima Virgen, se refiere la siguiente. Preparábase la Santa a comulgar en celebración de tan hermoso misterio, y al efecto rezó tres veces el salmo *Laudate Dominum*, pidiendo a Nuestro Señor Jesucristo, a María y a todos los santos, que le prestasen sus méritos, para con ellos acercarse preparada convenientemente a la sagrada Mesa. Al momento que Gertrudis invocó a María, se le presentó esta inmaculada Reina como acercándose al trono de la Trinidad beatísima y ofreciendo al Señor méritos y

dignidad de Madre de Dios que la habían sublimado sobre todos los santos y jerarquías angélicas a lo más encumbrado de los cielos. Luego llamó a Gertrudis, e invitándole díjole María: «Ven, alma elegida, ocupa este puesto que me corresponde y que te cedo; colócate en él, vístete con toda aquella perfección de virtudes que atrajo sobre mí las complacencias de la adorable Trinidad, a fin de que en cuanto es posible recibas tú también el mismo favor». Pero la Santa profundamente humillada contestó: «¡Reina de la gloria, con qué méritos podré yo obtener semejante favor?» Hay tres, repuso la divina Virgen, que pueden hacerte capaz de recibir este favor. Desde luego pide por aquella inocentísima pureza con que preparé al Hijo de Dios una mansión agradable en mi seno virginal, pide al Señor que por amor de mí te purifique de toda mancha. En seguida pedirás que repare todas tus negligencias, en gracia de aquella mi profunda humildad que me ha merecido ser exaltada sobre todos los coros de los ángeles y santos. Por último, pide, en tercer lugar, que te llene en abundancia con méritos de diversas virtudes, en gracia de aquel inefable amor que me unió con Dios, de modo que jamás me separe de Él». Obeció Gertrudis, e inmediatamente se vió trasportada al empíreo, y ocupando aquel alto puesto de gloria que la había ofrecido la Emperatriz de los cielos. Parecíale, pues, que ocupaba el trono de María en su Asunción gloriosa, que

el Señor se inclinaba hacia ella con amabilidad y complacencia infinitas, y que todos los santos y ángeles le rendían homenajes respetuosos. Así aprendió Gertrudis que el mejor modo de prepararse a la comunión era unirse a María en el misterio de su glorioso Tránsito.

Fruto.—Este día ofreceremos nuestros homenajes humildes de amor y veneración a la Santísima Virgen, uniéndonos al coro de los Angeles.—Nuestra resolución será prepararnos siempre con solícito esmero a la recepción de los Sacramentos de la Penitencia y Sagrada Eucaristía, como si al hacerlo supiéramos que aquella vez había de ser la última de nuestra vida.

Virtud.— Ofrecer a la Santísima Virgen hacer algunas comuniones durante su quincenario, en preparación a la fiesta de su Asunción gloriosa.

DIA 8º

Nuestro Señor Jesucristo viene al encuentro
de su Madre Santísima.

CONSIDERACION

Punto 1.—!Qué escena tan grandiosa y admirable ofrecieron los cielos al acercarse la muerte de la Santísima Virgen; Nuestro Señor Jesucristo cercado de legiones innumerables de ángeles y santos desciende a la tierra para

transplantar, de sus desiertos arenales a los jardines del paraíso, la hermosísima azucena de santidad y pureza que por nueve meses fué el templo animado de la Divinidad, y que llena ahora a todo el universo con la fragancia exquisita de sus virtudes. El esposo divino hubo de bajar a su huerto, al plantío del que saca sus aromas, para recrearse en él, y coger la azucena más hermosa y balsámica *Dilectus descendit in hortu ut lilia colligat.*

Escriben San Juan Damasceno y el historiador Nicéforo, que al acercarse la muerte de la Santísima Virgen, se presentó Cristo Señor Nuestro acompañado de ejércitos angélicos a asistir a su Madre agonizante; pues así como María no desamparó un instante la Cruz en que agonizaba el Redentor, y muerto ya recibió amorosa en sus brazos aquel cuerpo sacratísimo, y lo depositó en el sepulcro; de modo semejante, Jesús no quiso dejar sola a su Madre dulcísima en sus agonías postreras, no de dolor como en el Calvario. sino de amor y gozo indecibles; pues el Corazón bondadosísimo del Salvador no deja sin recompensa ni el vaso de agua dado a un menesteroso en su Nombre. Medita San Juan Damasceno, que María antes de espirar diría a Jesús estas palabras: “O Hijo mío: yo entrego mi alma en tus manos: recibe esta alma que tanto amas, y que has conservado limpia de toda sombra de pecado. A ti igualmente, y no a la tierra, confío este cuerpo en el que te complaciste

en habitar. Llévame donde tú, para que de hoy en adelante more donde Tú estás, o Fruto bendito de mis entrañas” Jesús según el mismo Doctor, daría a su Madre santísima esta respuesta: “¡Ven, o Madre mía bendita; ven entra en el reposo eterno; Ven tú, la más hermosa entre todas las mujeres, porque no hay mancha alguna en tí.!”

Estas y otras semejantes reflexiones de los santos son apenas una sombra de los éncendidos afectos de inefable caridad que inflamaban al Corazón inmaculado de María a vista de su divino Hijo. Si el dolor hizo de esta admirable Virgen la reina de los mártires en el Calvario, la vehemencia del amor divino hizo de ella la reina de la caridad en su Tránsito glorioso.

¡Quien nos diera, o Reina amabilísima, una centellita siquiera de esos divinos incendios en el instante supremo de nuestra muerte! ¡Ay! que la frialdad y dureza de nuestro corazón nos dan motivo sobrado para temer aquel trance decisivo de nuestra eternidad, si como bondadosa madre no venís a enseñarnos desde ahora la difícil ciencia de amar y servir a Dios!

Punto 2o — Jesucristo nos anuncia en el evangelio que ha de juzgar a todos los hombres, así como la muerte les haya arrancado de este mundo. Entonces por primera vez contemplaremos a nuestro Salvador en los esplendores de su gloria; entonces veremos ese rostro her-

mosísimo y adorable que forma la alegría de los ángeles, esas llagas radiantes de luz, de manos pies y costado, abiertas en la cruz por amor nuestro. Pero ¡hay! que esta vista tan dulce y encantadora para los justos, será espantosa y terrible para los pecadores. Hablando de los primeros dice el Evangelio: "Dichosos aquellos siervos a los cuales el Señor al venir encontrare vigilantes." *Beati servi illi quos cum venerit Dominus invenerit vigilantes.* El Señor entonces cambiando su oficio de amo en el de siervo, los hará sentar a la mesa de su gloria, y se pondrá a servirles. Pero hablando de los pecadores dice el Redentor: que su venida a juzgar los será como la del ladrón que despoja a un avaro de sus mentidos bienes, cuando menos lo esperaba; compara también su divina presencia en el tribunal inexorable de juez a la aparición súbita y aterradora del relámpago entre las tinieblas de la noche.

(Acostumbrémonos a amar a Jesucristo durante la vida, ya que amarle será toda nuestra ocupación en el cielo). La caridad echa fuera el temor. Los que aman a Jesucristo no temen sino desean la muerte; pues aún el mismo saludable temor de los juicios de Dios que tienen los justos, va acompañado de una confianza segurísima en las misericordias del Padre de toda dulzura y caridad. A un religioso pasionista, gran siervo de Dios, hablábanle una vez de cuán terrible es la muerte por lo

riguroso del juicio que habrá de seguirse a ella: el religioso lanzando un encendido suspiro contestó: "Verdad es que aquellos juicios son terribles, pero también es cierto que entonces contemplaré cara a cara por vez primera a mi amadísimo Jesús!"....Pidamos a la Santísima Virgen que nos alcance en vida la gracia inestimable del divino amor, pues con ella no temeremos a la muerte.

Ejemplo.—La devoción tierna y constante a María Santísima en el misterio de su Asunción es excelente medio para alcanzar una muerte santa y dichosa. A principios de Agosto de 1568, San Estanislao de Koska, novicio de la Compañía de Jesús, fue advertido por el cielo de que se aproximaba su fin. En una conversación que tuvo con el Padre Manuel Saa, acerca de la Asunción de la Santísima Virgen, le dijo: «Oh Padre mío, qué dichoso fue para los santos el día aquel en que la bienaventurada Virgen entró en el Paraíso. Estoy persuadido de que ellos han de renovar todos los años su memoria, como lo hacemos nosotros, con algún regocijo especial; espero que he de ver la fiesta más próxima que ellos tienen de celebrar». El día de San Lorenzo, que le había sido dado por patrón del mes, resolvió, a imitación del Beato Hermán, escribir una carta a la Santísima Virgen, en la que le conjuraba le obtuviese la gracia de morir antes de la fiesta de su Asunción, a fin de que pudiese él celebrar.

la con los bienaventurados en el cielo. Llevó consigo esta carta a la santa mesa, y en el momento precioso de la Comunión, pidió otra vez a María que no le dejase más largo tiempo en este destierro. La tarde del mismo día se puso mal, y fue conducido a la enfermería. Habiendo el Superior a visitarle, Estanislao le declaró terminantemente que creía haber alcanzado de la Santa Virgen la gracia de morir antes de la Asunción, para encontrarse ya en el cielo aquel hermoso día. Sin embargo su estado no parecía deber inspirar ninguna inquietud seria, hasta el 14 de Agosto; pero entonces, después de medio día se declararon síntomas tan alarmantes, que se reconoció la necesidad de administrarle cuanto antes los últimos Sacramentos. Cuando los hubo recibido, con un fervor extraordinario, exclamó: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum!* «Mi corazón está preparado, Señor: preparado está mi corazón». Enseguida se entretuvo con su Dios, teniendo en la mano una imagen de la Santísima Virgen, que acercaba sin cesar a los labios, y el rosario envuelto al rededor del brazo. «Estanislao, le dijo un Padre, que había venido a visitarle, ¿qué significa ese rosario? Parece que no estáis en aptitud para rezarlo».— «Verdad es, Padre mío, repuso el enfermo, sonriendo: pero siempre es un consuelo para mí, mirarlo al menos, porque me hace recordar de mi buena Madre».— Ah!, mi querido hermano! repuso el Padre, enternecido hasta

derramar lágrimas, qué gozo el que vais a tener cuando contempléis a esta Madre tan amable en el cielo, donde os espera para haceros participar de su gloria!”— Inmediatamente antes de su muerte, recibió el Santo Joven un último señalado favor de aquella que había dirigido todos los actos de su vida tan corta, y sin embargo tan llena de meritos: la Reina del cielo y de la tierra se le apareció cercada de un ejército de ángeles y adornada con todos los resplandores de su gloria: venía esta tierna Madre á visitar por una vez más, á este su querido hijo, á consolarle, fortificarle y darle seguridades de su salvación eterna. En seguida expiró el Santo, en brazos de su tierna Madre; y el día de la Asunción, por la madrugada, fué á asistir, como lo había predicho, al aniversario de la coronación de María en los cielos. (Vida de San Estanislao).

Fruto.—Honraremos á la Santísima Virgen este día, uniéndonos al coro de los Arcángeles.—

La resolución que tomaremos como fruto de esta meditación será ejercitarnos constantemente en actos de amor á Dios; haremos un detenido exámen de los obstáculos que se oponen en nosotros al progreso de esta virtud; y si hallamos que este obstáculo consiste en alguna afición desordenada, arrancaremos generosamente hoy mismo de nuestro corazón aquella inclinación peligrosa, para que todos nuestros pensamientos y afectos sean encaminados úni-

camente á Dios. El día que Santa Teresa rompió con una amistad inconveniente que ponía en riesgo grave su salvación eterna, se apareció el Señor y le dijo: “Ahora sí, Teresa, tú eres toda mía, y yo soy todo tuyo”.

Virtud. En este día, cada vez que oigamos dar la hora en el reloj, haremos un acto de amor á Dios y una comunión espiritual, y repetiremos la oración que en semejantes ocasiones solía decir Santa Teresa: “Una hora menos de vida— y más cerca la partida”

DIA 9o

Las Agonías de amor

CONSIDERACION

Punto 1o.—Representémonos a la Santísima Virgen, en los últimos momentos de su vida mortal. Su humilde morada esta llena de los Apóstoles, las vírgenes, y los demás santos de la primitiva iglesia; los aires rebosan con la multitud innumerable de ángeles, que dispuestos en orden majestuoso esperan sea desatada de sus ligaduras mortales el alma de su hermosísima Reina para llevarla al cielo; y María plácida y tranquila, arrebatada en un éxtasis de amor, reclina dulcemente su cabeza en los amantes brazos de Jesús!

No ha habido jamás santo en el mundo que haya amado a Dios con tanta intensidad como

María, San Alfonso María de Ligorio, Suárez y otros muchos teólogos enseñan que la Virgen desde el primer instante de su concepción inmaculada fue levantada en gracia, y por lo mismo en caridad, sobre todos los santos y ángeles juntos; de manera que, en el principio mismo de su ser, María amaba a Dios más que todos los querubines y serafines. Esta caridad fue creciendo en ella en progresión maravillosa, sin que hubiera perdido jamás un solo instante de tiempo, ni hubiera dejado de cooperar a una sola gracia. Era por tanto insondable el abismo de caridad que encerraba en sí el Corazón Purísimo de María. Hasta los mismos serafines eran impotentes para medir las profundidades de su amor. De modo que la vida de María era un verdadero prodigio, porque sin él habría sido imposible que pudiera contener en su pecho una caridad tan grande, sin romper los lazos frágiles de su existencia mortal. Pero al fin, llegó día en que esta caridad subió de punto, y fue necesario que la vida cediera a los impulsos del amor. Contemplemos, pues, si es posible, ese combate supremo que en la inmaculada Virgen había trabado su vida preciosísima por una parte, y su caridad inefable, por otra. ¿Quién podrá decir lo que fue esa agonía de amor, que tenía extáticos de admiración a los mismos serafines? El B. Alberto Magno, Dionisio el cartujo, San Francisco de Sales, y otros muchos santos y doctores aseguran que la Santísima Virgen, no murió por

otra causa que por la de su ardentísima caridad. Esto mismo fue revelado a Santa Brígida. Ni ¿cómo hemos de dudar que haya tenido la divina Madre esta gracia, que vemos haber sido concedida a muchos santos, vasallos y siervos suyos?

Punto 2º.—Ninguna virtud más dulce la muerte que la caridad. Lo que hace terrible y pavoroso el paso del tiempo a la eternidad, es el amor excesivo de las cosas de este mundo, y el olvido de las eternas, es decir, el apagamiento de la caridad. Pero una alma donde reina esta virtud, goza de dulcísima paz. La caridad, dice San Juan, echa fuera el temor: *charitas foras misit timorem*. He aquí por qué en los santos, el momento más dulce de su vida, ha sido el de su muerte; y su agonía no ha sido el combate de la carne contra el espíritu, sino la victoria suprema del amor. Santa María Magdalena de Pazzis, en uno de sus éxtasis, dijo que San Luis de Gonzaga ha sido un mártir incógnito de la caridad: y Santa Teresa, según refiere San Francisco de Sales en su Teótimo, reveló después de su muerte, que un impetu violentísimo de caridad, fue lo que le arrancó el alma del cuerpo. He aquí por qué es tan preciosa la muerte de los santos: su agonía es holocausto de incalculable precio, es el deshacerse del incienso en suavísima fragancia entre las sagradas brasas del altar. Si queremos gozar de

suerte semejante, ejercitémonos durante la vida, en la práctica generosa y constante de la caridad; y pidamos al Señor, por la intercesión de su Santísima Madre, nos conceda una gracia tan excelente, de la que pende toda la eternidad. Muchos santos acostumbraban hacer cada día una oración especial pidiendo al cielo que les concediera el don de morir en un acto de purísimo amor a Dios.

Gracia semejante esperamos alcanzar para nosotros, por vuestra intercesión poderosa, ¡oh Virgen Inmaculada!, a quien la Iglesia ha dado el título admirable de *Madre del Amor Hermoso*. Vos sabéis muy bien cuantas aficiones miserables tiene atado nuestro corazón mezquino al mundo y sus vanidades; dignaos ¡oh Reina bondadosísima!, por los méritos de vuestra preciosa muerte, alcanzarnos la gracia de morir con tiempo a las criaturas, para que vivamos desde hoy únicamente para Dios y su santo amor. Amén.

Ejemplo.—Hallándose Santa Matilde en oración, la víspera de la fiesta de la Asunción, fue arrebatada en éxtasis y le pareció hallarse repentinamente transportada a una pequeña y modesta casa, donde vió a la Santísima Virgen acostada en un pobre lecho y cubierta con limpios y blanquísimos lienzo. «¡Cómo, Madre dulcísima, exclamó entonces Matilde, cómo es posible hayáis padecido enfermedad ninguna, cuando según nuestra creencia, no habéis co-

nocido los dolores de la muerte?» María le respondió: «Absorta como me hallaba en la contemplación de los beneficios de Dios, y en una oración continua, resultó que cada día me abrazaba más y más en deseos ardentísimos de alabarle y tributarle incesantes acciones de gracias; entonces me sabrevino un ardor nuevo e intolerable del divino amor que excitó en mí una sed insaciable de ver a Dios y entrar en su eterna posesión.

Y como continuase creciendo cada día más este ardor seráfico, las fuerzas de mi cuerpo me abandonaron por fin, y así hube de ponerme en un lecho, donde vinieron a asistirme todos los coros y gerarquías de los ángeles. Los serafines me ofrendaban el amor, encendiendo en mí siempre más y más ese fuego divino. Los querubines me traían luces de conocimientos; de suerte que preveía en mi alma todas las grandes cosas que el Señor, Hijo y Esposo mío, había de hacer en mi favor. Oré al cielo para que el espíritu de tinieblas no disminuyese, interponiéndose, ni un punto de aquellas luces. Los Tronos conservaban en perfecta calma la paz con que mi espíritu gozaba de Dios.” Y así los demás coros angélicos, cada uno de los cuales se esmeraba en servir á su excelsa Reina, cercándola con solicitud y amor indecibles. Santa Matilde notó además que San Juan Evangelista estaba de pie junto al lecho de la Bienaventurada Virgen; viendo lo cual pidió al

Apóstol le obtuviese del cielo el don de una caridad perfecta, por el costoso sacrificio que hizo aceptando generoso la muerte y separación de María. El Discípulo de la caridad exhortó entonces a la Santa a meditar constantemente las palabras y acciones de la Imaculada Virgen, si quería adelantar en virtud. «No hubo palabra alguna de la Señora, dijo San Juan, que no haya hecho experimentar a mi corazón una alegría particular.»

Fruto.— Este día honraremos a la Santísima Virgen en unión con el coro de los Principados.— De la meditación que precede sacaremos grande y singular estima de la virtud de la caridad; nos ejercitaremos constantemente en hacer fervorosos actos de amor a Dios, especialmente en los peligros y tentaciones, y por la noche al despertarnos. Todos los días pediremos a la Santísima Virgen nos alcance del cielo la gracia de morir en un acto purísimo de amor á Dios.

Virtud.— Este día haremos nueve actos de amor a Dios, uniéndonos a los coros de los ángeles, y a la Santísima Virgen en los últimos momentos de su preciosa vida.

La Muerte de la Santísima Virgen

CONSIDERACION

Punto 1º— Representémonos a la Santísima Virgen, en el momento preciosísimo de su Muerte. ¡Qué espectáculo tan hermoso! Los cielos y la tierra, los ángeles y los santos contemplaban atónitos ese supremo y sublime combate de amor, cuando de súbito el alma Santísima de María rompió las ataduras de esta vida mortal, y con el ímpetu del rayo fué a hundirse en el seno de Dios. ¡La tierra poseía aún su cuerpo virginal e inmaculado; pero la porción más noble de su ser, su alma sacratísima, era ya moradora de los cielos!

Como hostia de encendida caridad, sin dolor alguno, en un raptó dulcísimo de amor y de júbilo inefable, murió María, probablemente a la edad de sesenta y tres años. San Francisco de Sales dice «Habiendo nuestra dignísima Reina y Señora llegado a la edad de sesenta y tres años, según la opinión más común de los Doctores, murió, o mejor dicho, se durmió con el sueño de la muerte. Acostumbramos decir: como es la vida es la muerte; pues, con qué otra muerte sino con la del amor había de dormirse la Santísima Virgen? Es, por tanto cosa cierta que María murió de amor; ni podía morir de

otra suerte la que es llamada en la santa Escritura. *Mater pulchrae dilectionis*” Según Nicéforo, las últimas palabras que pronunció la Santísima Virgen fueron estas: «Hágase en mí según tu palabra”: *fiat mihi secundum verbum tuum*. Y al decir esto expiró, y su alma inmaculada fué recibida en las manos sacratísimas de su divino Hijo. El cuerpo Virginal de María, verdadera arca de la alianza donde fué encerrado el Maná de los cielos, quedó tan intacto y hermoso como si descansara en placidísimo sueño. En el mismo instante resonaron en los aires, como refieren San Gerónimo y Juvenal, Patriarca de Jerusalén, himnos y melodías angélicas y una luz misteriosa y resplandeciente apareció en aquella dichosa estancia, que quedó perfumada con una exquisita fragancia que era nada menos que del paraíso.

Después del sacrificio divino del Calvario, no ha ofrecido jamás el universo al Altísimo holocausto más precioso que la muerte de María. Entonces fué cuando aquel vaso purísimo de alabastro llenó con los perfumes suaves del nardo los ámbitos de la creación entera. *Pretiosa incunspectu Domini mors sanctorum ejus*, dice el Salmista. La muerte de los Santos es la ofrenda de más subido precio, en la presencia del Señor; ¿cuán preciosa no sería, por tanto, la muerte de la Santísima Virgen, a los ojos de la augusta Trinidad, que habitaba en María como en su templo de predilección?

Punto 2º— La recompensa eterna de los justos principia en el momento de su muerte. Qué dulce, qué tranquila y amable es ésta para quien ha cumplido fielmente la ley del Señor, *Cupio dissolvi et esse cun Christo! Quis me liberabit de corpore mortis ¡hujus!* exclamaba San Pablo. Ansío por desatarme y hallarme con Cristo: ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte? Si toda la vida de los santos está llena de méritos, su muerte es preciosísima, porque es ante el Señor el homenaje de mas valía, y que encierra en sí a todos los otros. Ninguno, dijo el Salvador, tiene caridad más grande que aquel que da la vida por sus amigos, *Majorem charitatem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. Por consiguiente, nunca manifestamos mejor a Dios el amor que le tenemos, que cuando le hacemos el sacrificio de la vida, aceptando libre y voluntariamente la muerte que el Señor nos envía. Pero si la muerte de los justos es tan preciosa: *pretiosa in conspectu Domine mors sanctorum ejus*; no hay cosa de abominable a los ojos de Dios que la muerte de los pecadores: *mors peccatorum pessima*. Y no sólo es abominable para Dios, sino amarguísima además para el mismo pecador obstinado. *Amara mors*. Si vuelve la vista a lo pasado, no encuentra sino motivos de remordimiento y desesperación; si la vuelve en torno suyo, ve que es llegada la hora de separarse de lo que más ama; si la levanta al cielo, lo encuentra cerrado, y como de plomo.

Entonces, dice la Sagrada Escritura, el pecador verá, y se llenará de iras: *peccator videbit et irascetur*: rechinarán sus dientes y se llenará de pavor: *dentibus suis fremet et tabescet*; y así terminarán todas sus criminales satisfacciones y los necios devaneos: *desiderium peccatorum peribit*. Entre estas dos clases de muerte, tenemos que elegir, no hay remedio; luego, pues, preparémonos con tiempo a tener la de los santos, imitando a la Santísima Virgen en las virtudes de su vida, para que también le imitemos en la tranquilidad de la muerte.

¡Oh dulcísima Reina y Madre amantísima nuestra! alcanzadnos con tiempo la gracia de una sincera conversión; haced que vivamos crucificados para el mundo, y que el mundo lo esté para nosotros; que estemos muertos siempre a los atractivos mentirosos de la culpa y llenos de inflamado amor por las cosas del cielo: para que cuando llegue el momento supremo de la vida, podamos con la divina gracia y vuestra poderosa intersección, dormirnos tranquilamente con la muerte de los justos, en vuestro regazo maternal y en el ósculo santo del Señor, repitiendo con el profeta: *In pace, in idipsum dormiam et requiescam*: dormiré y descansaré lleno de paz, en el Señor.

EJEMPLO.— Aparte de la revelación antes referida, tuvo Santa Matilde otra, en que se le manifestó la gloria de la Santísima Virgen en el momento de su precioso tránsito. Hallábase

la Santa en el coro, cuando se le apareció la Madre de Dios acostada en pobre lecho y agonizando de amor. En esto comprendió la ilustre benedictina que la majestad infinita del Altísimo, a manera de un océano insondable de amor, se derramaba súbitamente y con ímpetu maravilloso en el corazón humildísimo de María, llenándolo por completo con el torrente de las delicias divinas en tal abundancia, que sin poder soportarlas, fué en aquel mismo instante separada de su cuerpo el alma Santísima de María, y transportada al seno de la Divinidad. Es imposible, dice la Santa, expresar la ternura con que la Trinidad beatísima recibió a aquella alma inmaculada; ni los honores, gracias, prerrogativas y dones con que la colmó, de suerte que hasta los demás bienaventurados se sintieron favorecidos como con un nuevo acrecentamiento de gloria; los cerafines se sentían abrasados con nuevas llamas de amor, los querubines iluminados con nuevos resplandores de ciencia, y todos los santos con un aumento grande de amor, alegría y recompensa, ante los torrentes de gloria que despedía en torno suyo la Bienaventurada Virgen. Todos los santos contemplaban llenos de júbilo a su adorable Reina, que exedía de un modo incomparable a todos juntos en hermosura, gloria y santidad. En esto Matilde oyó a la Santísima Virgen decir estas palabras: «El que quiera ser ensalzado y honrado sobre los otros, póngase debajo de todos; el que quiera ser más rico

despójese de su voluntad propia; y el que quiera brillar con dignidad más encumbrada, aplíquese a practicar todas las virtudes.»

Fruto. Este día honraremos a María, asociándonos al coro de las Dominaciones.— Aprovechémonos de la lección hermosa que la Madre de Dios nos da en su santísima muerte; ejercitémonos por arrancar de nuestra alma toda afección a las cosas vanas y perecederas de este mundo y anhelemos únicamente por la gloria del cielo. De este modo la muerte será para nosotros una ganancia, y la eternidad de la gloria nuestra final recompensa.

Virtud.— En honra de la humildad de la Santísima virgen, admiráblemente recompensada con las glorias de su Asunción, haremos este día tres actos de humillación prefiriendo aquellos que son más necesarios para nuestra santificación propia, como visitar a un enemigo, o dar satisfacciones a una persona a quien hayamos injustamente ofendido.

DIA 11

El Alma Santísima de María, en presencia de la augusta Trinidad.

CONSIDERACION

Punto 1o.—Representémonos a la alma inmaculada y santísima de María, cuando desprendida de su cuerpo por la muerte, fue introducida en la visión

beatifica. Su hermosura y encantos arrebatan de amor al mismo Dios, que la recibe en su seno como a la obra predilecta de sus manos. Recréase el Señor en contemplarla, toda la Trinidad beatísima se complace en poseer ya para siempre una criatura tan hermosa; y la humanidad sacratísima de Jesús inclínase llena de júbilo hacia el alma bendita de su Madre, y saludándola amorosamente le dice, Toda hermosa eres amada mía, toda hermosa eres, y mancha alguna no se encuentra en ti. *Tota pulchra es, et macula non est in te.*

Es el momento en que expiró María, dice San Gerónimo, que toda la milicia celestial vino al encuentro de su alma benditísima, y que entre himnos de júbilo y cánticos de alabanza, cercándola de ingente luz, la llevaron triunfante ante el trono de la Divinidad. *Militiam coelorum cum suis agminibus festive obviam venisse Genitrici Dei.* Así como todos los cuerpos son atraídos irresistiblemente hacia el centro de la tierra, de manera que cesando el obstáculo que los separa de ella se precipitan velozmente sobre su superficie, y es esto lo que se llama el peso de los cuerpos; así el alma tiene también su peso, y este es el amor, dice San Agustín: *Amor meus pondus meus.*

El centro de las almas es Dios, y el impulso que hacia El les lleva es el amor. Y como ninguna criatura ha amado tanto a Dios como María en el momento de desatarse del cuerpo, su alma santísima se hundió en lo más profundo del seno de la Divinidad, como no lo hace una masa ingente de plomo en las aguas del mar. Lo que impide a una alma unirse con su Dios es únicamente el obstáculo de la culpa, porque siendo Dios infinitamente santo rechaza de sí la menor sombra de mancha y

pecado. Pero María, inmaculada desde su concepción, y la única criatura que jamás fué deformada por imperfección alguna, no encontró a su paso del tiempo a la eternidad cosa que retardara ni por un instante la más íntima y estrecha unión de su alma con Dios. ¿Quién podrá decir cuál fue el recibimiento que la Trinidad beatísima hizo a esa alma tan pura, objeto de las complacencias del cielo, y de las alabanzas del Espíritu Santo? He aquí como Santa María Magdalena de Pazzis, en uno de sus raptos, describió este recibimiento admirable. “¿No parece, exclamó, que la augusta Trinidad ha declarado a María nueve veces santa al elevarla sobre los ángeles? Oh cosa, en verdad admirable y sorprendente! que el Padre eterno, siendo todo un Dios como lo es, atraiga a sí con tanto afecto a esta humilde criatura! Y que el mismo amor que hizo descender al Verbo, para rescatar al mundo, le haga ahora elevar hasta a sí a una mujer rescatada con su sangre!

Es el amor quien movió al Verbo a aniquilarse, y es también su amor quien le impulsa hoy a exaltar a su Madre. No fué más pronto el Espíritu Santo en descender al seno de María, para formar en él a Jesús, de lo que es hoy en elevar al cielo a esta mujer por excelencia. ¡Ah!, continuó diciendo la Santa, es porque el cielo sin ella no había alcanzado toda su perfección; es porque sus dichosos habitantes no eran aun plenamente glorificados; porque, en fin, la presencia de María les ha proporcionado ciertamente un aumento accidental de su gloria».

Funto 2o.—Lo que para la generalidad de los hombres hace tan terrible la muerte, no es tanto la separación del cuerpo y el alma, como el juicio de Dios que después de esto nos espera. Está decretado, dice San Pablo, que todos los hombres han de

morir una sola vez, y después se han de presentar al juicio. *Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem iudicium.* El juez es Dios, el acusador y los testigos son nuestra propia conciencia y los demonios. En ese juicio terrible se examinará las acciones más ignoradas y ocultas, se pesarán, en la balanza del santuario los más íntimos afectos y pensamientos: y no quedará uno sólo de ellos sin pena o recompensa. Hasta una palabra ociosa será expiada severamente en el fuego del purgatorio. Si el justo apenas se salvará, dice San Pedro; ¿el impío y el pecador dónde irán a dar? *Si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt?* El resultado inevitable de este juicio es una eternidad de penas en el infierno, o una eternidad de gozos en el cielo. Pero ¡ay! qué raras son las almas que al separarse de este mundo pueden entrar inmediatamente en el gozo de su Señor; las demás, casi en su totalidad, aun aquellos que parecen más adelantadas en virtud deben previamente purificarse en las inexorables llamas del purgatorio! Allí se llorarán como verdaderos pecados lo que habíamos excusado como simples inadvertencias; allí expiaremos con gravísimos tormentos lo que rehusamos pagar con una ligera penitencia! Y habrá acaso una mano caritativa que vaya a socorrernos en esos terribles calabozos de la justicia divina?

Ejemplo.—San Pedro Damiano, en la última epístola del tercer libro, refiere que en su tiempo, una mujer llamada Marozia que había muerto hace un año, se apareció a una de sus amigas, en la noche de la fiesta de la Asunción de María Santísima. Habiéndola preguntado la amiga en qué estado se encontraba después de su muerte, le contestó estas palabras: «Hasta hoy he soportado graves tormentos

por ciertos pecados de ligereza cometidos en mi juventud, los cuales aunque me confesé, no los pagué, pues me olvidé de cumplir la penitencia impuesta por ellos. Pero hoy, fiesta de la Asunción, la Santísima Virgen ha intercedido por mí y otras muchas almas, a todas las que nos ha sacado ya del purgatorio y nos lleva al cielo». Añadió que el número de aquellas almas rescatadas por María en su gloriosa fiesta era mucho mayor que el de la población total que contaba entonces la ciudad de Roma. Y como la amiga dificultase creer lo que la otra le revelaba añadió esta, que en prueba irrecusable de la verdad de sus palabras, moriría aquella al cabo de un año, en un día semejante a aquel en que esto pasaba; lo que afirma el Santo que se verificó exactamente.

Fruto.—Este día honraremos a la Santísima Virgen, uniéndonos al Coro de las Virtudes. Medio eficazísimo para evitar los rigores del juicio de Dios, es juzgarnos ahora a nosotros mismos con severidad. El examen cotidiano de conciencia, acompañado de algunos ejercicios de mortificación y la confesión frecuente producen en el alma gran pureza de conciencia y mucho horror a las faltas voluntarias que es el camino más seguro para prepararnos convenientemente a comparecer en el inevitable juicio de Dios.

Virtud.—Hacer una limosna u otro acto de piedad o mortificación por las almas del purgatorio, pidiendo con instancias a la Santísima Virgen que, en la próxima fiesta de su gloriosa Asunción, liberte a muchas prisioneras de esas espantosas cárceles.

DIA 12

La Sepultura de la Santísima Virgen

CONSIDERACION

Punta 1o.—¡María, la Madre Santísima de Dios, ha muerto! Su cuerpo inmaculado y virginal no ha padecido sin embargo los destrozos humillantes de la muerte; su tránsito glorioso aseméjase a un éxtasis de divina caridad. El rostro hermosísimo de la Reina de los ángeles brilla con esplendor inusitado, y todo nos anuncia que aquel cuerpo bendito y virginal no es presa que haya de ser devorada por la corrupción del sepulcro, sino el tabernáculo de Dios que muy luego será sublimado hasta la Jerusalén eterna.

Luego que expiró la Santísima Virgen, oyéronse en su estancia, según cuenta San Gerónimo, cantos y melodías de los ángeles y una luz resplandeciente llenó los ámbitos de aquella habitación privilegiada. Los Apóstoles y todos los fieles cercaron con amor y profunda veneración los sagrados despojos de la Madre de Dios, a cuya vista latían sus corazones, compartidos entre la pena más intensa y el gozo más inexplicable. Una fragancia más suave que la del bálsamo y las esencias olorosas se escapaba de aquel cuerpo inmaculado y virginal, que fue respetuosamente envuelto entre blanquísimos lienzo, y cercado de aromas y mirra y las flores más raras y preciosas; cubriéronle después con un velo, y depositándole en un lecho portátil, fue conducido en hombros por los Apóstoles hasta el huerto de Getsemaní, entre el numeroso y piadosísimo acompañamiento formado por todos los fieles de Jerusalén. Refiere San Juan Damasceno que al contacto del cuerpo santísimo de Ma-

ría se verificaron innumerables portentos: los ciegos recobraron la vista, los sordos el oído, y toda clase de enfermos la salud. Cuenta además que un judío incrédulo lleno de odio y furor contra el nombre cristiano, salió al encuentro del edificante cortejo que conducía los sagrados despojos de María, y con sacrílega audacia puso las manos en el bendito féretro, con ánimo de derribarlo por tierra y profanarlo. Pero al punto, por un castigo visible del cielo, se le arrancaron al sacrilego las manos que quedaron adheridas al féretro. Entonces el miserable conociendo su culpa la lloró amargamente, y se arripintió de ella, y mediante las oraciones de los fieles fue milagrosamente curado.

Habiendo llegado al lugar de la sepultura el piadoso acompañamiento, depositóse el cuerpo santísimo de María en una cueva funeraria que se había adornado suntuosamente con flores y perfumado con exquisitos aromas. Llevóse a cabo esta conmovedora ceremonia entre las lágrimas de los fieles, los cánticos de los Apóstoles y las melodías de los ángeles que fueron claramente escuchadas por todos. Los sentimientos y transportes de amor, devoción y piedad que entonces experimentó la santa asamblea nadie los podrá expresar; hallábanse como suspendidos entre el cielo y la tierra, saboreaban ya las delicias del paraíso y penaban por verse detenidos aun por los lazos de la carne.

Punto 2º.—San Pablo nos enseña que el verdadero cristiano ha de vivir más en el cielo que en la tierra; nuestra existencia ha de estar escondida con la de Cristo en Dios. Este mundo lo hemos de mirar como una cárcel enojosa, o mejor dicho, un sepulcro; por lo mismo

todo nuestro anhelo ha de ser desatarnos de la carne para volar al cielo. Debemos repetir continuamente con el Apóstol: *cupio dissolvi et esse cum Christo*: ansío para salir de esta vida, y habitar eternamente con Cristo. Pero ¡ah! estos sentimientos son propios únicamente de los santos y no del pecador que halla sus delicias en el vicio, ni del cristiano tibio que olvidado del cielo busca su satisfacción y reposo en las criaturas. El Señor ha dicho: bienaventurados los pobres, bienaventurados los que padecen, bienaventurados los que lloran; amemos la mortificación en esta vida, si queremos los goces de la otra; vivamos muertos para la carne y sepultados para el mundo, entonces la tumba será para nosotros la verdadera puerta del paraíso.

Ejemplo.—San Alonso Rodríguez, a los principios de su conversión, siendo todavía comerciante y viviendo en el mundo, se preparó un año con mucho fervor a celebrar la fiesta de la Asunción, y la Santísima Virgen pagó a su siervo con un gran favor la diligencia que él había puesto en obsequiarla. Llegado el día de la fiesta se acercó Alonso a comulgar, después de una confesión muy contrita y largas horas de preparación; y mientras daba gracias quedó arrobado en espíritu, durante lo cual le pareció que su alma estaba en manos de María, y que esta dulcísima Madre presentaba aquella alma dichosa al Padre Eterno. Fueron tan gran-

des las gracias que entonces recibió el Santo de la Inmaculada Virgen, que por mucho tiempo no pudo volver del todo en sí. Esta gracia fue la que sobre otras varias movió al piadoso comerciante a dejar el mundo y consagrarse enteramente al servicio de Dios en el estado religioso. Habiendo entrado después en la Compañía de Jesús, fue nuevamente favorecido en otra fiesta de la Asunción. Representósele cómo la excelsa Reina fue triplemente festejada en su glorioso tránsito: primero, cuando los ángeles condujeron al cielo su alma bienaventurada; segundo, cuando esta alma santísima entró triunfante en el; paraíso y tercero, cuando después de su entrada en la gloria fué presentada ante la Trinidad beatísima. Estos celestiales favores contribuyeron eficazmente a elevar a Alonso a la cumbre de la más elevada santidad, haciéndole conocer por experiencia la vanidad del mundo y la grandeza y sublimidad de los gozos eternos.

Fruto.—Este día honraremos a la Santísima Virgen uniéndonos al coro de las Dominaciones.—Nuestra resolución será morir al mundo y todas sus vanidades y vivir únicamente para Dios; tener cada mes un día de retiro, y hacer en él los actos de preparación para la muerte. Si tenemos deudas que pagar, y otros arreglos de justicia que disponer, haremos testamento cuanto antes nos sea posible. En fin, procuraremos vivir cada día como si supiéramos

mos que aquel va a ser el último de nuestra vida.

Virtud.—Tener un día de retiro espiritual, preparándonos a la fiesta próxima de la Asunción.

DIA 13

**La Resurrección gloriosa de la Santísima Virgen,
al tercer día después de su muerte.**

CONSIDERACION

Punto 1o.— Representémonos a la Santísima Virgen, en el momento de salir triunfante del sepulcro. Su cuerpo purísimo y virginal adornado con todas las dotes de la bien aventuranza, resplandece más que el sol y esparrama una fragancia suavísima en torno suyo. La naturaleza toda le saluda como a su Reina, y las gerarquías angélicas se inclinan respetuosamente ante ella, y se preparan a llevarle en triunfo a lo más alto de los cielos.

Aunque no ha sido todavía expresamente definida dogma de nuestra santa Religión, es sin embargo una verdad próxima a la fé implícitamente profesada por toda la Iglesia y asegurada por innumerables padres y doctores, la creencia católica que afirma que la Santísima Virgen no dejó por mucho tiempo sus despojos mortales en el sepulcro, sino que a semejanza de su divino Hijo, al tercer día de su dichosa

muerte, resucitó gloriosa, y subió en cuerpo y alma a los cielos. He aquí lo que nos enseña la tradición a este respecto, atestiguada por muchos Doctores, especialmente por San Juan Damasceno, San Epifanio, Juvenal, Pador Nicéforo. Luego que fué enterrado en Getsemani el cuerpo purísimo de María, ni los apóstoles ni los fieles acertaban a separarse del sepulcro de su Reina y relevándose unos a otros pasaban el día y la noche junto al sepulcro de la Virgen, elevando al cielo fervorosas oraciones, y entonando continuamente dulcísimos cánticos. Asi pasaron tres días, durante los cuáles los ángeles no cesaron de hacer oír a aquella piadosa muchedumbre las más dulces y celestiales melodías, al cabo de aquel tiempo, es decir, al tercero día, llegó el apóstol Santo Tomás que, por haberse apartado más que los otros, yendo a los países más lejanos para la predicación del Evangelio, y por permisión de Dios, no había podido asistir a la muerte de la Santísima Virgen. Mostróse inconsolable de ello, y pidió que al menos se le concediese el contemplar por última vez el rostro hermosísimo y ya difunto de María. Los Apóstoles no pudieron negarse a una súplica tan piadosa y tan justa, y rompieron los sellos y levantaron la loza que cubría la puerta de la cueva sepulcral. Pero al penetrar en ella, vieron, ¡oh prodigio! que el cuerpo santísimo de María no estaba ya allí; y como si acabara de salir de ese lugar hallaron solamente el sudario y los

lienzos en que había sido envuelto, los cuales despedían de sí una fragancia celestial. Con esto se convencieron todos de que en ese mismo día, y acaso a la hora en que Jesús salió del sepulcro, había resucitado también su Madre Inmaculada, y triunfante y gloriosa había subido en cuerpo y alma a los cielos.

Dice San Francisco de Sales: «Así como Jesús resucitó al tercer Día de su muerte, de igual modo María resucitó también al día tercero; con una diferencia sin embargo: pues, Nuestro Señor resucitó por su propia virtud y poder, mientras que Nuestra señora resucitó por la omnipotencia de su sagrado Hijo, que dispuso que el alma bendita de su Santa Madre fuese a reunirse con su cuerpo. Pues no era razonable que ese cuerpo santísimo fuese de modo alguno presa de la corrupción, puesto que de su substancia fué formado el cuerpo de Nuestro Señor que descansó en él por nueve meses.» Si el arca de la alianza, continúa el Santo Doctor, fué labrada de madera incorruptible sólo por contener las tablas de la ley, cuán exenta de corrupción no había de ser el arca viva en la cuál habitó el autor de la ley?

Punto 2º.— La Santa Iglesia en la misa de la Asunción dice estas hermosas y consoladoras palabras: ¡Oh Señor!, valga ante el trono de tu clemencia la oración que por nosotros eleva la Madre de tu divino Hijo; pues para esto la habeis trasladado de la tierra al cielo,

para que interceda eficazmente ante Vos por nuestros pecados *quám adcirco de presenti saeculo transtulisti, ut pro peccatis nostris apud te fiducialiter intercedat.* ¡Que gracia la que nos ha concedido Dios constituyendo a María por abogada nuestra en el cielo! ¿Si nuestra amantísima Madre es la Reina de la gloria, quién, si de veras lo desea, no podrá salvarse! antes que María subiera al cielo, qué difícil era para los pecadores el negocio de la salvación eterna; pero desde que esta dulcísima Madre dispone del paraíso, no se condenan ya sino los ingratos y pérfidos que rehusan acudir a la Reina de bondad y misericordia. ¿Cuál no debe ser por lo mismo nuestro regocijo en la fiesta de la Asunción, sabiendo que tenemos tan poderosa intercesora ante el trono del Altísimo? Los angeles y los bienaventurados celebran en el cielo el triunfo de María, y nosotros permaneceremos indiferentes?

Ejemplo.—La siguiente visión de una de las más ilustres santas del Carmelo, comprueba la singular alegría que tuvieron los ángeles en la Asunción de la Santísima Virgen. Muy cerca de esta hermosa fiesta, el 12 de Agosto, fué una ocasión arrebatada en éxtasis Santa María Magdalena de Pazzis; durante el cual asistió en espíritu a la Resurrección gloriosa de María Santísima y a su triunfante Asunción a los cielos. Contempló desde luego a todos los ángeles, alineados en torno del sepulcro de la

Santa Virgen, y manifestando vivísima alegría. Vió, en seguida, a la augusta madre del Salvador, saliendo majestuosamente del sepulcro, y recibiendo en el acto los homenajes de las celestiales inteligencias. En este momento Magdalena, que estaba como fuera de sí, púsose a exclamar: «¡Oh María temo que mi alma se separe de mi cuerpo, y lo temo, porque no soy aún digna de seguiros». Poco después viendo a la reina de las vírgenes elevarse en los aires, y oyendo los cánticos melodiosos de los ángeles, exclamó: «Oh qué dulces son esos cánticos!: me hacen desfallecer; y sin embargo no pude comprenderlos ni darme cuenta de ellos perfectamente. He aquí en substancia lo que me parece que expresan: Tomemos sobre nosotros a aquella que se cargó de todas las miserias humanas; llevémosla en nuestras palmas a la que llevó en su corazón todas las virtudes, y puesto que ella condujo en su seno al Hijo de Dios, conduzcámosle nosotros al cielo, sobre nuestras alas». Continuando todavía el mismo éxtasis repitió Magdalena nueve veces el responsorio que empieza: *Oh Santa e inmaculada Virginidad, con qué elogios te alabaré*; y añadió: «¿No parece que la adorable Trinidad ha declarado a María nueve veces Santa, elevándola sobre los nueve coros de los ángeles? ¡Oh prodigio verdaderamente admirable!» (Vida de la Santa, por el Padre Cepari)

Fruto. — Este día honraremos a María Santísi-

ma uniéndonos al coro de los Tronos.— Durante toda nuestra vida profesaremos una devoción constante y fervorosa a la Inmaculada Virgen; en todos nuestros peligros y necesidades, especialmente en las tentaciones, acudiremos a Ella con filial confianza, como a nuestra bondadosa Madre, seguros de ser atendidos; y confiaremos a sus solícitas manos el gran negocio de nuestra salvación. María será la última palabra que pronuncien nuestros labios antes de dormirnos por la noche, a fin de que este dulcísimo Nombre sea también la última palabra que pronuncien nuestros labios en la muerte.

Virtud.— Ayunar uno de los días que preceden a la fiesta de la Asunción.

DIA 14

La Asunción

CONSIDERACION

Punto 1o.—Habiendo resucitado la Santísima Virgen al tercer día de su muerte, subió triunfante en cuerpo y alma a los cielos. ¡Quién podrá decir lo que fué aquella Asunción gloriosa! La humildísima Virgen fué levantada sobre todos los santos y ángeles, sobre los querubines y los serafines, que se inclinaban reverentes a su paso, saludando en María a la augusta Madre de Dios, a la Reina del mundo

y soberana Emperatriz del universo, El trono de María fue colocado en lo más alto de los cielos, a la diestra de Jesús su Hijo divino, y sobre todos los órdenes y gerarquías de la creación entera.

San Francisco de Sales (1) dice: "Si nuestra Señora tuvo tan gran cuidado de recibir bien a nuestro Señor cuando vino a este mundo, con que magnificencia pensáis que El la ha recibido hoy en el cielo? Oh! en verdad, que la Asunción de María ha sido en cierta manera más gloriosa que la Ascensión de Nuestro Señor; por cuanto que en la Ascensión sólo los ángeles vinieron al encuentro de este Salvador divino; mientras que en la Asunción de su Madre Santísima vino El mismo que es el rey de los ángeles. He aquí por que los coros angélicos exclamaban atónitos: ¿Quién es ésta que sube del desierto, rebozando en delicias, apoyada en su amado? *Quae est ista quae ascendit de deserto deliciis affluens. innixa super dilectum suum?* Y así como nunca se vió en Jerusalén tanta cantidad de aromas, como cuando la reina de Sabá los llevó en su visita a Salomón, quien en retórno la hizo riquísimos presentes, según su grandeza y magnificencia reales; de modo semejante, jamás se vió que criatura alguna llevase al cielo tantos méritos ni tanto amor, como los que la Santísima Virgen introdujo consigo en su Asunción

(1) 2o Sermón acerca de la Asunción

gloriosa." En cambio, añade el Santo Doctor, Dios colocó a esta inmaculada Virgen sobre todos los ángeles, querubines y serafines, para que reinara con El en la eternidad bienaventurada.

San Juan Damasceno compara la Asunción de María con la traslación del Arca desde la ciudad de David al templo construido por Salomón. De esta manera, dice, cuando el nuevo Salomón, Cristo, dispuso que entrara en su descanso, en el *Sancta sanctorum* de los cielos, la verdadera Arca de la gracia, congregó a los más grandes santos del nuevo Testamento y a los coros más encumbrados de los espíritus, y con este imponente y singular cortejo compartido entre el cielo y la tierra, puso a María en posesión eterna del trono excelso de reina que le tenía preparado.

Punto 2o.—Cuanto más gloriosa y magnífica ha sido la Asunción de la Santísima Virgen, tanto más grande ha de ser nuestra confianza en María; pues siendo ella nuestra amantísima Madre, cuanto más, elevada se halle en el cielo, tanto más poderosa será para auxiliarnos y socorrernos en todas nuestras necesidades. ¡Qué gratitud la que debemos a Dios por haber sublimado a nuestra Reina a tanta altura, sobre todos los Tronos y Potestades! Así como nadie, después de Dios, nos ama en el grado que María, nadie tampoco entre las puras criaturas puede favorecernos más eficaz-

mente que esta Emperatriz soberana de los cielos. San Felipe Neri instaba una ocasión al Señor para que le concediese una gracia, pero viendo que todos sus esfuerzos permanecían infructuosos, recurrió a la Santísima Virgen, y al punto obtuvo lo que deseaba. Enseñado por tan dichosa experiencia dijo el Santo a los que le cercaban: "Hijos míos, sed devotos de la Santa Virgen, y sepamos que el más excelente medio para obtener las gracias de Dios es pedir las valiéndonos de María, que jamás puede ser rechazada de su divino Hijo."

Dios dice un ilustre Doctor, ha dividido su imperio entre la justicia y la misericordia; el reino de la justicia lo ha reservado para sí, y el de la misericordia lo ha confiado a María; por lo mismo, nada tenemos que temer si somos verdaderos siervos de esta inmaculada Virgen, en cuyo poderoso patrocinio debemos descansar, como un niño en los amantes brazos de su madre.

¡Oh hermosísima Reina del cielo! grandes son nuestro gozo y alegría al veros sublimada sobre las estrellas del firmamento, y sobre todos los santos y ángeles del empíreo; pues tanta exaltación y gloria se os han dado como a intercesora nuestra, como a soberana de los hombres y de toda la creación entera. Volved hacia nosotros esas miradas de misericordia, que hacen descender en abundancia sobre este mun-

do las gracias del cielo y las bendiciones de Dios. ¿Quién nos protegerá, oh Madre dulcísima, si Vos os olvidáis de nosotros? Al contrario si Vos estáis a favor nuestro, quién nos podrá dañar, ni como será posible que dejemos de salvarnos?

Ejemplo.—Hermosa sobremanera es la visión que acerca de la gloria de la Santísima Virgen en el cielo tuvo una hija ilustre de la Orden de la Visitación, la Madre Juana Benigna Gojos, muerta en olor de santidad el 5 de Noviembre de 1692. Hallábase esta religiosa gravemente enferma en el mes de Agosto de 1647; los médicos se declararon impotentes para curarla, y las medicinas, en vez de aliviarla, acrecentaban su mal y reagravaban sus dolores. En tal situación, la enferma acudió a la oración, pues se sintió interiormente movida a pedir a Dios la salud. El doce de Agosto, hacia el mediodía, se sintió arrebatada en éxtasis; su alma fue como transportada al cielo para gozar de la vista de la Santísima Virgen en su trono de gloria. “¡Oh Dios, dice en la cuenta que tuvo que escribir acerca de esta visión, quién podrá describir la hermosura y grandeza de esta Reina incomparable! Son tales que su sola vista es capaz de hacer bienaventurada a una alma. Yo ví en torno de esta augusta Emperatriz a un número infinito de santos que estaban como encerrados en un globo inmenso de luz que cercaba a María, los cuales le tributaban mil alabanzas. Una sola

de las miradas de esta Madre incomparable, cualquiera de sus movimientos aumentaba tanto la claridad en que le veía, que esta luz pasaba hasta a mí para cercarme. Esta Reina Soberana pidió a Jesús, su Hijo, mi curación y la prolongación de mi vida, lo que le fué concedido en el acto; pero ocurrió que sólo el día de la Asunción recobré el uso de mis sentidos, y entonces me hallé completamente curada, y en estado de levantarme. Debo añadir que cuando esta divina Madre pidió a Dios mi salud, lo hizo con una gracia arrebatadora. Esta visión me inspiró una grandísima confianza en esta Madre de amor, habiendo conocido cual es la eficacia de sus súplicas, por la prontitud con que, según ví, fué escuchada la oración que se dignó elevar en mi favor; de suerte que pudiera haberse dicho que María ordenó, antes que suplicó, la concesión de aquella gracia. Y como Nuestro Señor me mandase hablar de esta Virgen pura, y yo le observase mi impotencia, el Señor me respondió: *Dirás lo que has visto*. Diré, pues, o Jesús, que he visto a vuestra Madre triunfante en lo más alto de la gloria, sobre un trono colocado encima de los ángeles, y que todo lo que no es Dios o Jesús, está debajo de Ella; y que desde la altura maravillosa e incomprensible de vuestra gloria, Vos la miráis como objeto de vuestras delicias, y que Ella forma en parte las de todos los bienaventurados." [Tesoro histórico de los hijos de María— por el P. Hugnet].

Fruto. — Este día honraremos a la Santísima Virgen en el misterio de su Asunción, uniéndonos al coro de los Querubines. — Nuestra resolución será aparejarnos a la próxima fiesta del Tránsito de María Santísima, haciendo un acto de preparación para la muerte, como si supiésemos que aquella fiesta había de ser el último día de nuestra vida. Ofreceremos a la Santísima Virgen hacer lo mismo todos los demás años.

Virtud. — Practicar un acto cualquiera de caridad con un pobre, como visitar a un enfermo, dar una limosna, u otro semejante.

DIA 15

La Coronación de María Santísima en los cielos

CONSIDERACION

Punto 1o. — Representémonos a la Santísima Virgen, elevada sobre todos los ángeles y santos, dominando como Reina en todo el universo, y sentada en un hermosísimo trono de gloria junto al de su divino Hijo Jesús, a quien únicamente cede en majestad y esplendor. Contemplemos cómo esta criatura admirable es presentada ante la Trinidad augustísima, y cómo cada una de las tres divinas Personas acoge a esta Virgen Inmaculada, con muestras especiales y señaladísimas de infinito amor. Por

último, veamos a María recibir en sus sienes, de manos del mismo Dios, la corona de soberana emperatriz de la creación entera; y cómo los ángeles y santos se postran reverentes a sus plantas, y la aclaman festivos su Reina y Señora por toda la eternidad.

Es una verdad innegable que la Santísima Virgen es, después de la humanidad sacratísima del Verbo, la criatura más elevada en gloria y santidad que existe en los cielos. La Iglesia nos enseña esta verdad, cuando en la fiesta de la Asunción canta gozosa: *Exaltata est Sancta Dei Genitrix, super choros angelorum ad coelestia regna*. La Santísima Madre de Dios ha sido exaltada sobre todos los coros de los ángeles al reino de los cielos. La misma Iglesia santa llama a María, reina de los ángeles y reina de todos los santos. San Dionisio areopagita enseña que es tan grande la gloria de la Virgen inmaculada en los cielos, que ella sola forma una gerarquía aparte, intermedia entre su Hijo divino y el resto de todos los ángeles y santos. Los Padres y Doctores de la Iglesia son fecundísimos e inagotables en las alabanzas de esta excelsa Reina. San Efrén la saluda: “más santa que los querubines y los serafines, sin comparación ninguna mucho más gloriosa que todos los ejércitos angélicos juntos” *Sanctior cherubim, sanctior seraphim, et nulla comparatione coeteris omnibus superis exercitibus gloriosius*. San Epifanio la dice: “¡Oh María! con

excepción únicamente de Dios, sois superior a todos los demás seres; sois más hermosa que los querubines y serafines, y que todo el ejército de los ángeles” San Bernardo afirma la misma verdad y da la razón de ello, diciendo: “Así como en la tierra no ha existido ni existirá santuario más digno que el seno purísimo de María, en el cual fué recibido el mismo Hijo de Dios; así tampoco hay en el cielo solio real más elevado que aquel al cual Jesús sublimó a María.

Y si el Hijo honró de esta manera a su Madre Santísima, el Padre Eterno glorificó igualmente a su Hija predilecta, y el espíritu Santo a su Esposa muy amada. Con razón exclama San Bernardo que su lengua es impotente para hablar de las maravillas de la Encarnación, y de la grandeza inconcebible a que fué elevada María en su Asunción gloriosa.

Unamos en este día nuestros cánticos a los de los ángeles, y gocémonos de ver a nuestra Madre amantísima junto al trono de Jesús, coronada por Reina de la creación entera. Contemplemos a todos los santos y al ejército innumerable de los espíritus bienaventurados postados humildemente como siervos ante el acatamiento de esta excelsa Emperatriz, que tiene en sus manos el cetro de todo el universo.

Punto 2o. — Si los ángeles son vasallos de María, con mayor razón los pueblos y naciones de la tierra. Así como Jesucristo ha sido cons-

tituido por el Eterno Padre, Rey sobre Sión y sobre todos los príncipes y monarcas. Jesucristo ha constituido a su Madre Santísima por Reina soberana de todo el universo; le ha dado en herencia todos los pueblos, y ha puesto por vasallos suyos a todos los reyes. ¡Felices las naciones que acatan el imperio de María, y se afanan por honrar a esta dulcísima Madre; sobre ellas descenderán las más preciosas bendiciones del cielo!.

Así como Jesús es el camino único para llegar al Padre, María es el camino para llegar a Jesús; necesario nos es a todos someternos al imperio de esta dulcísima soberana, si queremos arribar al reino de la gloria. Ilustres Doctores de la Iglesia como San Bernardo y San Ligorio, y teólogos tan notables como Suárez, enseñan que no hay gracia que se conceda al mundo si no es por medio de María; Ella nos ha de alcanzar fuerza para luchar contra nuestros enemigos, valor para superar las tentaciones, y, sobre todo, el don inestimable de la perseverancia final. María es llamada: *puerta del cielo: janua coeli*; amarla y reverenciarla constantemente es el signo más hermoso de la predestinación entera.

¡Oh María hermosísima Reina y amantísima Madre nuestra!, grande es vuestro gozo al veros sublimada sobre todos los ángeles y santos, en el trono más elevado de la gloria! Pero en medio del triunfo y la exaltación no os olvi-

déis de los míseros hijos de Adán, hermanos vuestros según la naturaleza. Recordad que el Altísimo os a constituido soberana Emperatriz de los cielos, no sólo para dicha vuestra, sino para bien de todo el género humano. Desde vuestro solio dirigid a la tierra vuestras miradas de misericordia. Proteged a la Iglesia católica, amparad a las naciones cristianas que os invocan y os honran como a su principal abogada y poderosa intercesora y reina. Salvadnos a todos los que ponemos en Vos, después de Jesucristo, toda nuestra confianza; socorrednos especialmente en la hora de la muerte, y no permitáis que nos veamos jamás eternamente confundidos.

EJEMPLO.—No solamente grandes santos y personajes distinguidos, sino naciones y pueblos enteros se han complacido en todo tiempo, en proclamar a María su especial Reina y Protectora. San Esteban, rey de Hungría, consagró esta nación a la Santísima Virgen, y en recompensa obtuvo morir el mismo día de la fiesta de la Asunción; en recuerdo de tan señalado beneficio, los Húngaros celebran con solemnidad excepcional la fiesta de la Asunción, llamándola e día de la Gran Señora. La Santísima Virgen ha dispensado por ello una protección muy señalada a Hungría; pues, las principales victorias de este reino alcanzadas sobre los Turcos, han acurrido en algunas fiestas de la Madre de Dios. La Francia se consagró igualmente, bajo Luis XIII, a la Santísima Virgen y desde

entonces hasta hoy es celebrada en aquel país la Asunción de María como la fiesta nacional de Francia. En cambio son admirables los favores que este pueblo ha obtenido de la Reina de los cielos.— En cuanto a las múltiples coronas de gloria que María ha recibido en el empíreo, he aquí una hermosa visión de Santa Matilde. Leámos en su vida: «En la misa *Salve Sancta Parens*, vió la Santa a la Bienaventurada Virgen que tenía ceñidas las cienes con una corona cuyos florones estaban inclinados hacia la tierra; su manto de color escarlata estaba también cubierto con coronas de oro, cuyos florones estaban vueltos igualmente hacia la tierra; dentro de cada una de aquellas coronas había un nombre o título que las designaba. La corona de la cabeza significaba la unión de María con Dios, unión tan estrecha e íntima que excede a la gracia de unión esparcida en las demás criaturas juntas. Una otra corona que cubría sus espaldas tenía esta inscripción: *La Madre de Dios Hombre*. La tercera corona, que estaba sobre el pecho, llevaba este título: *La Reina de los Angeles*. La cuarta: *La alegría de todos los Santos*. La quinta: *El Consuelo de todos los desgraciados*. La sexta *El Refugio de todos los pecadores*. La dirección de estas coronas hacia la tierra expresaba que en todos los dones y gracias que la gloriosa Virgen recibía de Dios, se inclinaba Ella, rebosando en benignidad y misericordia, hacia los hijos de los hombres. Entonces Matilde pidió particularmen-

te por ciertas personas que la habían sido recomendadas; y la Bienaventurada Virgen María le contestó: Si un hombre embriagado con vino de la tierra se ostenta más generoso que quien no está éxitado con el licor, ¿cuanto más generosa no seré yo que a todo instante estoy bebiendo en la fuente de la suprema dulzura, que es el Corazón deífico, el vino dulcísimo y purísimo de la misma Divinidad?»

Fruto.—Este día honraremos la Asunción triunfante de María Santísima a los cielos, uniéndonos a todos los ángeles y santos. muy especialmente al coro de los serafines. — Como fruto particular de este Quincenario, ofrecemos a la Santísima Virgen profesar, durante la vida, una devoción marcada al gran misterio de su Asunción gloriosa. Todos los sábados del año rezaremos en su honor la coronita de preces conocida con el nombre de la *Escala de la Asunción*, a fin de obtener de tan buena Madre la gracia.

Virtud.— Celebrar la Asunción de la Santísima Virgen con una comunión fervorosa y otros actos semejantes de piedad; y terminar el Quincenario con una consagración de todo nuestro ser al amor y servicio de María.



EXCELENCIAS DE LA DEVOCION

al Tránsito de la

SANTISIMA VIRGEN

En las portentosas vidas de Santa Gertrudis, Santa Matilde y otros siervos de Dios particularmente devotos del misterio de la Asunción de María Santísima a los cielos, se lee un sinnúmero de gracias y favores sobrenaturales prometidos por N. S. Jesucristo mismo, o por su Madre Inmaculada, a los que se dediquen a honrar este misterio admirable y se preparen convenientemente a su fiesta que se celebra el 15 de Agosto. Entre estas gracias son dignas de especial mención las siguientes:

1ª. *Una dichosa y santa muerte.*— Léese de muchísimos santos devotos de la Asunción que alcanzaron, por un favor especial de María, la gracia de morir en el día propio de esa hermosa fiesta, o durante su octava.

2ª. *Una protección especialísima de la Santísima Virgen.*— Santa Gertrudis fue instruída, en una visión, de que la divina Madre no solo acoge benignamente sino que ampara y prote-

ge bajo su manto a todos los fieles, aun a los pecadores, que se esmeran por honrarla en el misterio de su Asunción.

3ª *Una eficacia singular para las oraciones.*— La misma Santa vió que María oraba fervorosamente por la Iglesia universal y por los devotos especiales de la Asunción, en el día en que se celebra este misterio. Las suplicas que en esa hermosa fiesta se elevan al cielo tienen una eficacia especial, porque van acompañadas con la oración de la Madre Santísima de Dios.

4ª *El gozo espiritual en abundancia.*— «Nuestro Señor Jesucristo [enseñó a Santa Gertrudis] que se daba a sí propio con toda la beatitud de su divinidad y humanidad a los que anhelaban servir devotamente (a su Madre dulcísima) en la fiesta de su Asunción».

¿Quien, en vista de las gracias tan grandes y escogidas, descuidará el prepararse, como es debido, a la hermosa fiesta de la Asunción, y no se empeñará por ser devoto fervoroso por este encantador misterio?





Algunas prácticas de devoción

en honor del

TRANSITO DE LA SANTISIMA VIRGEN

El Gloria Patri rezado tres veces cada día.

A los que recen diariamente el Gloria Patri tres veces, la una por la mañana, la otra por la tarde, agradeciendo a la Trinidad Beatísima por las gracias y los privilegios particulares concedidos a María, especialmente en su gloriosa Asunción al cielo, están concedidos: 1º Cien días de indulgencia, tres veces por día; y 2º Una indulgencia plenaria cada mes, con las condiciones bien sabidas de confesión, comunión, y pedir por las intenciones, de la Santa Sede, a todos los que hubiesen sido exactos en rezar cada día aquella oración en los tiempos señalados arriba. (Pío VII, por Decreto de la Sagrada Congregación de Indulgencias, de 11 de Julio de 1815).

El Magnificat — Hay muchas personas que tienen la bellísima costumbre de rezar cada día de rodillas el cántico sublime del **Magnificat**, en acción de gracias a la Trinidad Santísima por las

grandezas admirables con que le plugo coronar a María en su Asunción gloriosa, e implorando, por la mediación de esta Reina poderosísima, la gracia de una buena muerte. Esta práctica tan hermosa como saludable está en conformidad con lo que se lee en el libro ya citado de Santa Gertrudis (**El Heraldo del Amor divino**), que como en el monasterio en que vivía se cantase una vez las vísperas de la fiesta de la Asunción, al tiempo de entonar el **Magnificat** se le apareció la Santísima Virgen hincada de rodillas orando por la Comunidad.

El Quincenario de la Asunción.—Otra práctica muy laudable de las personas piadosas es prepararse a la gran fiesta que nos ocupa no solamente con una Novena sino con un Quincenario; lo cual es acaso imitado de los griegos; pues en varias iglesias del Oriente se ayuna aún hoy, los quince días que preceden a la fiesta de la Asunción. ¡Hermosa inspiración la que ha movido a los fieles a pasar acompañando a María los quince días postreros de su peregrinación mortal sobre la tierra!

Novena en honor del mismo Misterio.—A los que antes de la fiesta de la Asunción, o en cualquier otra época del año, hacen una Novena en honor de este Misterio, sirviéndose para ello de una fórmula de oraciones aprobada por la autoridad eclesiástica competente, están concedidos: 1o. Trescientos días de indulgencia, para cada día de la novena; 2o. Indulgencia plenaria, du-

rante la novena, o en uno de los ocho días inmediatamente subsiguientes a ella, con las consabidas condiciones de confesarse, comulgar y orar por las necesidades de la santa Iglesia y por el Sumo Pontífice. (Pío IX, por rescriptos de 5 de Enero de 1849 y 26 de Noviembre de 1876).

Voto en honra del Misterio de la Asunción.

Las almas grandemente devotas de la Santísima Virgen, en particular los santos, han acostumbrado en todo tiempo hacer especial profesión de creer en las excelencias y prerrogativas con que la diestra del Altísimo se ha complacido en adornar a la Madre Santísima del Salvador; así, quien ha hecho voto de defender su Maternidad divina, quien, su Virginidad integérrima, quien, su Concepción Inmaculada, al presente, los siervos amantes de María hacen voto de profesar y defender la Asunción gloriosa de la Sma. Virgen en cuerpo y alma a los cielos. Para quien se resuelva a dar este testimonio hermoso de afección a nuestra Madre dulcísima, ofrecemos la siguiente fórmula de voto que es, en parte, reproducción exacta de la que quiso San Juan Berchmans en honra de la Concepción Inmaculada de María.

«Yo (N. N.) postrado a las plantas adorables de mi Salvador Divino, presente (aquí) en el Santísimo Sacramento, y ante la soberana Emperatriz de los cielos, mi amantísima Madre, protesto que siempre y perpetuamente defenderé

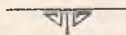
y sostendré el Dogma católico de que esta Virgen Inmaculada ha resucitado poco después de su muerte, y ha subido triunfante en cuerpo y alma a los cielos, donde ha sido coronada por su Hijo Divino, por Reina de la creación entera y de todos los Santos. Para impetrar de Dios el pronto reinado de María Santísima en el mundo, ofrezco rezar una vez cada semana la tercera parte del Rosario (o hacer cualquier otra semejante práctica de piedad); en testimonio de lo cual, firmo el presente compromiso, en el año, etc.»

Los tres Ave Marías.— Leemos también en la vida del mismo Santo que tenía por costumbre recordar varias veces cada día «los tres principales instantes de la vida de Nuestra Señora, a saber, el día de su Inmaculada Concepción, el de su divina Maternidad en la Encarnación del Hijo de Dios, y el de su Asunción a los cielos; y en memoria de ellos rezaba tres Ave-Marías». Hermosa práctica digna de ser imitada por los verdaderos devotos de la Santísima Virgen.

Ejercicio piadoso en honra de la Muerte de la Santísima Virgen.— La Iglesia celebra la fiesta de la Asunción de María Santísima el 15 de Agosto; y como enseña la iglesia, la Virgen Inmaculada resucitó y subió al cielo al tercer día después de su preciosa Muerte, es claro que ésta aconteció el 13 de Agosto. En efecto así lo asegura la tradición de las Iglesias orientales, que celebran este Tránsito dichoso bajo el título de Sueño de la Bienaven-

turada Virgen: De Dormitione Beatae Mariae Virginis. *En un calendario de las fiestas de María Santísima publicado en Francia en el siglo XVII se lee lo siguiente: «Agosto 13. Muerte de Nuestra Señora, en presencia de los Apóstoles, excepto Santo Tomás; pues la Santa Virgen, según la opinión común, murió a semejanza de su divino Hijo, tres días antes de su resurrección y Asunción». Véase a Orsini, en su obra: Historia de la Madre de Dios.*

Las personas piadosas acostumbran prepararse á la gran fiesta de la Asunción conmemorando devotamente la Muerte de la Santísima Virgen el 13 de Agosto, y permaneciendo espiritualmente en éste y el siguiente día, en unión de los Apóstoles, junto al sepulcro glorioso de la Reina de los Angeles.





PRACTICAS DE LOS SANTOS

EN HONOR DE LA ASUNCION

Siendo la Asunción una de las fiestas principales de María Santísima, todos los Santos han profesado devoción muy marcada a este misterio, y se han esmerado en celebrarlo con prácticas de la más tierna y fervorosa piedad. Creemos servirá de no poca edificación para los fieles el conocimiento y, sobre todo, la imitación de aquellas prácticas; entresacaremos algunas de las más principales de entre ellas.

1ª. Santa Gertrudis acostumbra prepararse a la fiesta de la Asunción, rezando por algún tiempo sesenta y tres Ave - Marías, cada día, en honra de los sesenta y tres años que se supone vivió la Santísima Virgen en este mundo. Cierta ocasión en que por hallarse muy enferma no pudo practicar esta devoción, la suplió rezando sesenta y tres veces las invocaciones—Ave María gratia plena, y Dominus tecum. En recompensa se le apareció la divina Madre con un ropaje bordado de hermosísimas flores, que simbolizaban las preces con que Gertrudis había honrado a María.

2ª. Preparándose a comulgar la misma Santa, en una fiesta de la Asunción, la Reina del cielo, le enseñó que la mejor preparación sería ofrecer a la Trinidad Beatísima todo el cúmulo imponderable de méritos con que la Virgen Inmaculada se presentó en el acatamiento divino, cuando fue llegada la hora de su Tránsito glorioso; enseñóle además a ejercitarse en las tres virtudes que principalmente resplandecieron en María, la pureza, la humildad y la caridad; hizolo así Santa Gertrudis, y alcanzó por este medio gracias muy singulares de Dios.

3ª. Pareciéndole una vez a Santa Gertrudis que no se había preparado lo bastante para la fiesta de la Asunción, pidió al Señor que le obtuviese de su Santísima Madre favor y gracia por esta omisión. El Salvador entonces volviéndose a María la colmó de caricias como en testimonio de la más tierna afección filial, diciéndole estas palabras: «Oh Señora y dulce Madre mía, acordaos de que por Vos he perdonado a los pecadores; mirad ahora a esta Elegida mía, con tanto afecto, como si ella os hubiese servido toda su vida con la más agradable devoción». La Santa Virgen al oír estas palabras de Jesús, acogió a Gertrudis con ternura indecible y dulcísima bondad.

4ª. Otra vez, en la misma fiesta, hallándose Santa Gertrudis rezando en el coro el oficio de maitines, dividió los tres nocturnos en tres distintos ejercicios de piedad. Rezó el primer nocturno

ofreciendo a la Santísima Virgen los consuelos inefables que, en el momento de su Tránsito, recibió de Jesús y de todos los Santos; a lo que se le presentó la inmaculada Reina cercada de tantos lirios y rosas cuantas eran las veces que Gertrudis y otras peronas piadosas, en el orbe católico, habían ofrecido a María esas dulces consolaciones.—El segundo nocturno lo rezó ofreciendo a la Santísima Virgen las delicias suavisimas de que gozó, en el momento de su Asunción a los cielos, cuando subió a la gloria dulcemente apoyada en su divino Amado. Y pareció a Gertrudis que María se adornaba entonces con tantas galas cuantas eran las palabras que, en todo el mundo católico, se habían empleado en recordarle estas delicias. Finalmente, rezó el tercer nocturno ofreciendo a la Santísima Virgen aquella gloria indecible con que sobre toda criatura fué coronada en su entrada triunfal en los cielos; y le pareció que con esto le ofrendaba a la Inmaculada Virgen manjares de exquisita dulzura, y un perfume suavisimo formado de muy variados y preciosos aromas.

5a. Cierta ocasión en que Santa Gertrudis y las demás religiosas de su convento, ofrecieron al Señor una comunión fervorosa en honra de la Asunción de María, notó la Santa que la Reina del cielo vino a colocarse junto a cada una de ellas en el momento de la comunión, y cubriéndolas con su mismo manto decía a Jesús estas palabras: «En honra y memoria de mí, mírala,

dulcísimo Hijo mío!» Entonces Jesús se acercaba a cada religiosa y la colmaba de caricias y regalos. Cuando la Santa hubo comulgado, ofreció al Señor la Hostia divina que tenía en el pecho en sacrificio de alabanza, pidiendo que si era posible se dignase aumentar la alegría, bienaventuranza y gloria de la divina Madre en aquel día de sus eternos triunfos; y le pareció que el Señor presentaba en aquel momento a María un riquísimo presente.

6ª. En la misma fiesta de la Asunción vio Santa Gertrudis a la Santísima Virgen como si en ese momento subiera al cielo, y que tomando la mano derecha de Jesús bendecía con ella a su comunidad. Como resultado de esta bendición vio que sobre cada religiosa vino a colocarse una cruz de oro pendiente de un lazo verde: y comprendió que esto significaba que cualquiera que con fe viva y sincera confianza en la Madre de misericordia la pidiese Mercedes en la fiesta de su Asunción, las alcanzaría seguramente.

7ª. En una solemnidad semejante, Santa Matilde movida de extraordinario fervor dijo a la Santísima Virgen: «Plegue a Dios que tuviese hoy a mi disposición los corazones de todas las criaturas, a fin de poder saludaros, oh dulcísima Virgen, con todas sus fuerzas y todo su amor reunidos!»! A la que le respondió María: «Apóyate sobre el Corazón de mi dulcísimo Hijo, el cual contiene en sí a toda la creación íntegramente, y entonces me saludarás, valiéndote de ese

Corazón divino, según toda la extensión de mis méritos, y a medida de todos tus deseos».

8ª. *En la propia fiesta, Santa Matilde oró a la Santísima Virgen que viniese en socorro de una persona, cuando llegase el momento de que ésta partiese de este mundo. A lo que María le respondió con encantadora bondad: «Que aquella persona me pida por ese fervor que abismó mi alma en Dios y la adhirió a su Corazón divino, a manera de una chispa que cae en el fuego; que ore y que pida que su alma se abraze en deseos con modo fervorosos, y que en la hora de su muerte, libre de todo obstáculo, pueda como ligera pluma volar dichosamente hacia Dios. Porque yo quiero asistir personalmente con mi socorro y protección a esa persona en sus últimos momentos».*



Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis

Quito, a 23 de Octubre de 1950.

Puede reimprimirse.

† **CARLOS MARIA,**
Arzobispo de Quito.

Angel Humberto Jácome,
Secretario.